excitar moción alguna, sino como a El le plazca. De tal modo se ha apoderado de todas las potencias de mi alma, le siento obrar en mí con tal independencia de mí misma, que no puedo hacer otra cosa que adherirme y someterme a cuanto El hace de tal suerte que si estoy equivocada, puedo decirle que lo estoy por completo, pues nada he hecho por salir del engaño. Por mucho que me haya esforzado para resistir a este espíritu, siempre ha quedado victorioso del mío.

Pero os conjuro por todo el amor que tiene a mi Señor Jesucristo que no tema decirme cuanto El le dé a conocer haya de reprensible en mi modo de conducirme, pues no intento sino amarle sufriendo. Haga El, por lo demás, de mí, cuanto le agradare, porque la vida me es un continuo martirio; y aceptar su duración es para mí el mayor sacrificio que me es preciso aceptar continuamente. En ella no tengo otro placer que el de no tener ninguno.

Respecto a sus deseos de que continúe hablándole de las gracias del Sagrado Corazón, me hará guardar silencio en adelante sobre este punto su designio de publicarlas en su libro. Ya le he dicho que de ninguna manera quiero ser conocida; antes, se lo aseguro, me entregaría a todos los tormentos imaginables, pues no ignora que todo es de temer mientras estamos en esta vida de corrupción.

Así, pues, no espere ya más para emprender su obra, según creo firmemente que lo quiere de usted el Señor, y según las señales que le he dado. Además no puedo decirle que, como el Espíritu Santo es enemigo de tardanzas, si la demora, temo que retire de usted las gracias que le tenía destinadas y se las dé a algún otro. Ese es mi pensamiento, pero me someto en todo a su juicio.

En cuanto al ardiente deseo que le impele a hacerse santo, espero ciertamente de la gracia del Sagrado Corazón que le hará un gran santo, pero pienso que le ha de santificar a su manera, y no a la vuestra. Por lo tanto, déjele obrar, mirándole a El siempre, para glorificarle en su anonadamiento, y El le mirará para purificarle santificándole.

Por lo que hace a su recomendación de pedir por los que el Señor ha puesto bajo su tutela, lo tendré muy presente. Para suplir lo que falta de mi parte, oigo, si me es posible, una

Misa extraordinaria todos los días, a sus intenciones. Mas confieso que temo mucho detener la corriente de las misericordias de Dios sobre mi alma, a causa de mis infidelidades y de la vida tibia y lánguida que llevo. Tanto horror me inspira, que ya no me atrevo a fijar la vista en mí misma, sino solamente a mirar el amable Corazón, en cuya misericordia permanezco del todo anonadada y no siempre para gozar, sino para sufrir.

¡Si supiera el dolor que sufro al pensar que soy un obstáculo a sus designios de darse a conocer y amar! Pídale que antes me quite la vida sin tener miramiento alguno a mis intereses.

Respecto al joven escolar de quien me habla, no dejaré de pedir a Nuestro Señor le dé a conocer su santa voluntad en la elección de su vocación.

Si le parece bien, puede decirle que comulgue durante cinco viernes en obsequio del Sagrado Corazón de Jesucristo, y si él, después de hacerlo, se siente impulsado a seguir su manera de vida, que la abrace sin temor, porque espero en la gracia de Dios que dará en ella buenos frutos después de muchos combates.

Recibí la carta del R. P. Gette, y asegúrele que le contesté. Caci al mismo tiempo respondí a la del R. P. Froment; sentiría mucho que se hubiera perdido la carta. Sin embargo, no le olvido, así como tampoco al R. P. Villette, delante del Divino Corazón de Nuestro adorable Maestro, conforme a la promesa que muchas veces les he hecho. Recuérdeles también que no olviden las suyas en este particular.

Por fin, creo haber respondido, aunque en varias veces, a todos los puntos de su carta; hágalo lo mismo con ésta, y especialmente no deje de contestar a lo que voy a decirle: ¿Debo sucumbir a la extraordinaria pena que siento, a pesar de mi voto, de aceptar los empleos de la religión, rehusándolos en cuanto me sea posible? ¿Debo hacer lo mismo acerca de ir al locutorio y escribir cartas, a lo cual tengo tanta repugnancia, que si la obediencia no me obligara, no contestaría a nadie cuando me escriben, para anonadarme y sepultarme en un completo olvido?

No siento mayor consolación que la de verme olvidada y despreciada por las criaturas, a fin de tener más tiempo para consumirme en presencia del Santísimo Sacramento, el cual es

de tal manera el centro de mi corazón, que no hallo reposo sino allí donde mi corazón le siente continuamente. Sólo para esto he sido criada; y ¿para qué puede ser útil una pobre y miserable religiosa como yo? Mucho temo que el demonio, bajo pretexto de querer aprovechar a los otros, sea yendo al locutorio o tratando de otro modo con las criaturas, no me pierda a mí misma. ¿Qué juzga usted de esto?

Por lo demás, no me consulte nunca en cuanto me concierne, porque ni tengo juicio ni discernimiento para mí misma. En este mismo instante en que le escribo, me encuentro reducida a un estado tan penoso que no me conozco a mí misma, porque de tal suerte está sumido en el dolor todo mi ser espiritual y corporal, que no debo engañarle haciéndole creer que pido por usted. No me siento con fuerzas sino para sufrir sin apoyo, sin compasión ni consolación del cielo o de la tierra, y sin deseo de recibir ninguna otra que la que agrade a mi Soberano sacrificado, en cuya presencia soy una víctima que gime y se inmola a la divina justicia. No puedo, pues, por ahora, hacer otra cosa que padecer en silencio; a esto se reducen todas mis plegarias.

Pero ¡Dios mío! está visto que, bien a mi pesar, no me es posible cerrar esta carta sin decirle que, no obstante todas mis repugnancias, el divino Corazón de mi adorable Maestro le deja libre en todo cuanto de su parte le he dicho, como si fuera cosa que no me pertenece, sino bienes propios de El. Mas suplíquele, se lo ruego, que tenga a bien quitarme la vida, en la cual ni puedo ya sufrir los reproches que me dirige por mis resistencias. Para someterme a escribirle lo arriba dicho, fue necesario que renovara en mí aquella primera gracia, en la que se me mostraba en todas partes un Corazón que despedía llamas por todas partes, y me decía estas palabras: «*Si supieras cuán sediento estoy de hacerme amar de los hombres, no perderías medio alguno para ello*». Y otras veces oía estas otras: «*Tengo sed; me abraso en deseos de ser amado*».

Causaba todo esto tan profunda impresión en mí, que me derretía en lágrimas por no poder contentar a sus amorosos deseos; espero que lo haran ahora sus fieles servidores, ya que El me ha prometido que me enviaría a los que El había destinado para esta empresa.

Pero le suplico por todo el amor que tiene, que al querer glorificarle, no haga mención alguna de mí, ni de palabra, ni por escrito. No me rehuse esta gracia, si tiene algo de bondad para conmigo. No me cause este tormento, sino pida por mí, pues me parece que no puedo hallarme en más extrema necesidad.

Por lo que hace a que dirá por mí tantas Misas cuantas yo quisiere, no puedo expresarle mi reconocimiento, pero de mi parte no tengo si no impotencia y pobreza. Espero, sin embargo, que mi Divino Maestro le recompensará todo, y que nada perderá. Mas ya me indicará el número de Misas que El le inspire decir por mí, a fin de comulgar yo otras tantas veces por usted.

No sé si podrá comprender cuanto aquí le digo, ni aun si podrá leerlo.

D. S. B.

Carta CXXXVI

SEPTIMA DE AVIÑON, AL P. CROISET

Sentimientos de la Santa por no haberle guardado el secreto de sus cosas. "Yo he roto toda comunicación". Abismada en el Divino Corazón. ¿Doce meditaciones o un retiro? El libro del P. Froment. "Me he consolado al saber que padece. Desnúdese de sí misma. ¡A trabajar por la gloria de Nuestro Soberano!

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray.
18 de Febrero de 1690.

Mi Reverendo Padre: He recibido la suya del 29 de Enero, sin la cual no hubiera tenido la respuesta a la precedente, porque no habiendo guardado tan fielmente como me había prometido el secreto acerca de las confidencias que le he hecho en mis cartas, se han hecho ya públicas en nuestra Comunidad muchas de esas cosas, lo cual no me causa poca pena. Mas, Dios sea bendito; buena es la cruz cuando nos viene por tan santa causa, como es el interés del amable Corazón de Jesús.

Sin embargo, como vi que se hablaba de esto, no queriendo yo que se supiera que tenía en ello parte alguna, envié a buscar la respuesta que había dado a la primera suya. Yo se la había entregado al R. P. Lean para que la quemara, mas nuestro Ma-

dre Superiora me lo prohibió. Por esto se la envío toda ajada, y no sé si la podrá leer; pero no he podido escribir otra.

Y aún tengo intención de no escribir más a nadie, habiendo roto todo trato y comunicación en cuanto al locutorio y a las cartas con todos, a excepción de usted, por creer que todavía debo hacerlo. Porque no puedo resistir más al Espíritu que tan fuertemente me atrae a la vida oculta y desconocida, para aprender a amar y sufrir en silencio. Le confieso que mis padecimientos se aumentan a medida que aumenta la gloria del Corazón divino, con tal vehemencia, que a veces me parece que todo el infierno se ha desencadenado contra mí para reducirme a la nada. De este modo soy combatida por todas partes sin que esto me espante, conservándome firmemente abismada en mi fuerte seguro, quiero decir, el Divino Corazón de mi buen Maestro, el cual, como sabio guía, no me concede más fuerza que la que justamente necesito en cada ocasión.

Mas, para responder alguna palabra a lo que me dice, de hacer doce meditaciones, una para cada primer viernes de mes, yo no veo que haya gran diferencia entre éstas y un retiro espiritual, que es lo que siempre he deseado y aún desearía al presente, si pidiera mi parecer, sin poder decirle otra cosa. Pero como me dice que muchas personas de mérito creen que sería mejor hacer otra cosa, me someto fácilmente, siendo más seguro el seguir sus dictámenes que los míos.

En cuanto al R. P. Froment (71) es cierto que ha compuesto un libro (72) entero en honor del Divino Corazón de Jesús, y va a enviarlo a Lyon para que lo impriman. Lo había comenzado aún antes que el suyo, y así que vio éste, sintió que yo no se lo hubiera advertido, hasta que le hice entender que se había hecho sin participación mía. Mas no piensa desistir de su intento, ni aun después que le he hecho saber que el autor del primer libro componía también unas meditaciones.

Supo, desde luego, que era usted el autor, y le confieso que no le he hablado de esto, por temor de que le retrajera de

---

(71) El P. Francisco Froment, S. J., pasó seis años en Paray, y falleció en el Colegio de Grenoble el 21 de Octubre de 1702.

(72) Tiene por título *La verdadera devoción al Sagrado Corazón de Jesucristo*; por el P.*** de la compañía de Jesús, Besançon 1699, nueve años después de fallecer Santa Margarita. Modernamente lo ha reeditado el P. Riekens, S. J., en un tomito en Bruselas (Vromant), 1891.

la ejecución de una obra que yo creo demanda Dios de usted. He ahí, con todo, una cosa que le causará pena al uno y al otro; mas es preciso no desistir, suceda lo que suceda. Pienso que haría bien en escribirle acerca de esto, sin darle a entender que tengo yo parte en ello. Antes al contrario, le hará entender que ha seguido en esto la inspiración que ha tenido al ver el librito de Dijon, movido por la persuasión de muchas personas devotas del Corazón divino. Pero le conjuro que no me entrometa a mí en eso de ningún modo; porque ¡ay de mí! si supiera cuánto motivo tengo para hacerle esta súplica, no tendría dificultad en concederme lo que le pido.

Me he consolado al saber que padece, lo cual me confirma todavía más en que es de los muy amados del amable Corazón de mi divino Maestro. No está aún al cabo de sus penas; pero ¡buen ánimo! Persevere en soportarlas como me indica, y secundará los deseos de Dios, y confundirá la pretensión que tiene su enemigo de dañarle con cuantas penas pudiera, interiores y exteriores. No se deje aplanar ni abatir por ellas; y apártese, cuanto pueda de esos tristes pensamientos, abandonandose en las manos de Dios.

Dice que espera sentir los efectos de lo que hago por usted, mas ¡ay de mí!, querido hermano mío, ¡temo que en lugar de atraerle gracias del cielo, no detenga el curso de las divinas misericordias! Si pudiera expresarle el fondo de miserias en que me hallo abismada, tendría sin duda compasión de mí, por la caridad que nos une en ese divino Corazón. Mas, en fin puede estar seguro de que este poquito de poder que me queda en todas mis penosas disposiciones, lo emplearé yo en orar por usted y por aquellos que con usted se emplean en hacer que sea honrado el divino Corazón de mi Soberano Maestro.

He sentido gozo inexplicable al saber que dirá pronto la Santa Misa. Mientras tanto todo lo que yo pudiera hacer será para usted, en cuanto pluguiere a mi soberano Maestro aplicárselo. No dejaré de hacer las dos comuniones que me pide.

No puedo dejar de decirle también, antes de concluir, que su disposición me parece buena, porque le conduce al perfecto desprendimiento de sí mismo, para establecer en su alma a Jesucristo. De tal modo debe ocuparse de El, que no tenga tiempo de acordarse de usted mismo, permaneciendo del todo per-

dido en El, en medio de sus penas, turbaciones y aprensiones; pues El no le faltará jamás.

Por lo demás, tengo el consuelo de saber que el R. P. Gette está siempre lleno de celo por la gloria del adorable Corazón de nuestro divino Salvador, ante el cual tampoco olvido al R. P. de Villette. Le suplico igualmente que no me olvide mientras voy a sepultarme enteramente y a encerrarme en ese divino Corazón, para guardar en El un perpetuo silencio. Por esto no llevará a mal el no recibir más cartas mías, esperando que esto no le impedirá trabajar por la gloria de nuestro Soberano, en cuyo amor soy toda suya, etc.

Carta CXXXVII

OCTAVA DE AVIÑON, AL P. CROISET

¿Carta extraviada? Mis ingratitudes retardan la glorificación del Divino Corazón. Mejor será que ponga treinta meditaciones en su libro. Anonadada en el Sagrado Corazón. He asistido a su primera misa. Dese prisa en su obra.

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio, a 15 de Abril de 1690.

Mi Reverendo Padre: No tengo tiempo sino para escribirle dos palabras a fin de responder a la suya, la cual me ha sorprendido en extremo por el cargo que me hace de no haber respondido a las dos cartas precedentes. He respondido muy extensamente a ambas y os he enviado las respuestas por medio de M. Paguay, que me ha remitido una de las suyas, e hizo que se me instara mucho a responder a ella. Ya lo hice, y se le dio mi carta para remitírsela. Y ¡ahora me dice que no la ha recibido!

Líbreme, se lo suplico, de la pena en que estoy de que no caiga en otras manos que en las suyas; sería esto una de las cosas más mortificativas para mí, que no me siento con fuerza de repetirle aquí lo que en ellas le decía.

Sin embargo, la duda en que le veo de que me olvidé de rogar por usted, me aflige más de lo que le pudiera decir, pues cesaría en el mismo punto de hacerlo por mí. Diga más bien que

mis pecados le impiden sentir los efectos de la oración, y que no soy capaz de otra cosa que de detener el curso de las gracias y misericordias del Señor a causa de mis ingratitudes e infidelidades. Ellas me han ocasionado el sensible dolor que experimento de ver que soy la causa de que se retarde esa obra que tiende tan directamente a la gloria del adorable Corazón de mi Salvador. Esto me sirve de rudo tormento, aunque yo no quiero sino su santa voluntad y no veo en ello falta propia.

He respondido a todos los puntos de su carta, en cuanto me ha sido posible, y acerca de lo que me proponía de no hacer más que doce meditaciones. Le confieso que nunca he podido cambiar nuestro primer deseo de que fuesen treinta, como me lo había indicado. No obstante, después de haberle manifestado mi pensamiento, como lo deseaba, me someto a todo lo que juzgue más a propósito.

Una vez más le reitero aquí mi súplica de que, al dar a conocer al Sagrado Corazón de mi Soberano, me deje siempre anonadada, sin darme a conocer en manera alguna, pues a esto me siento muy fuertemente inclinada, no deseando más que extinguirme y quedar desconocida, despreciada y olvidada.

He tenido la dicha de pasar la noche del Jueves Santo delante del Santísimo Sacramento, con gran consuelo de mi alma, estando allí por usted y por mí. Tampoco he dejado de asistir en espíritu a su primera Misa, sabiendo bien que yo tenía en ella buena parte, y he sentido los efectos por algunos socorros extraordinarios.

No he dejado de hacer las comuniones que me había pedido, y me he sentido cada vez más impulsada a rogarle que no retarde su obra, y que la haga lo más perfectamente que le sea posible, no perdonando medio por su parte. Estoy cada vez más segura de que El quiere esto de usted, si no me engaño, y esto por muchas razones que no le puedo declarar aquí.

El R. P. Froment está resuelto a continuar su obra. Le he indicado que haría bien en escribirle; pero, en nombre de Dios, no le haga mención ninguna de mí, por buenas razones.

Vamos a cambiar de Superiora, y no sé si la nueva verá con agrado esta comunicación espiritual. Ruegue mucho al adorable Corazón de Jesús que nos dé una Superiora de su elección.

No deje, sin embargo, de escribir, como de ordinario, y yo le contestaré si puedo.

María, concepta est sine peccato.

CARTA CXXXVIII

NOVENA DE AVIÑON, AL P. CROISET

Siga correspondiendo fielmente a Dios. No se deje abatir el ánimo. ¡Gran dicha celebrar todos los días la santa Misa! Con frecuencia tengo que repetir; "Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" El le pagará largamente cuanto haga por mí. ¡Sólo comulgamos, de ordinario, dos veces por semana! ¿Que con ocasión del quietismo van a prohibir todas las devociones nuevas? Pero la contradicción será el más sólido fundamento de la del amantísimo Corazón. No me nombre usted para nada. ¡Dichoso si sufre algo por su causa! Espíritu irresistible que dirige a la Santa. Desengáñeme, si estoy engañada. La preciosísima devoción en Malta, y en Quebec. Que esos jóvenes estudiantes confíen en el Divino Corazón. ¡Qué malo es disputar al de Jesús su propio Corazón! Muy meritorio es el trabajo de oír confesiones. "No se olvide de poner las Letanías del Corazón de la Santísima Virgen, nuestra buena Madre". Me alegro ponga las imágenes de San Francisco de Sales y San Luis Gonzaga. ¿Y las Indulgencias? El Arzobispo de Viena (Francia) ha aprobado la devoción. Que bajo ningún pretexto salga yo en su libro. Estoy en un verdadero purgatorio cuando se me nombra.

¡Viva † Jesús!

16 de Mayo de 1690.

Mi Reverendo Padre: Acabo de recibir la suya en presencia de mi adorable Dueño, delante del Santísimo Sacramento, donde la he leído con gran consuelo, tanto por ver cumplidos sus deseos, como por saber las grandes gracias y misericordias que mi Divino Salvador derrama con tanta profusión en su alma. Por ello le doy gracias con todo el ardor y afecto de que soy capaz en su amable Corazón.

A este fin he oído dos Misas, bediciéndole mil veces por haberle dado a conocer tan bien lo que son sus penas y sus designios, acerca de sus padecimientos, y la manera de conducirse en ellos, que me parece que nada tengo que decirle sobre el particular, sino que corresponda fielmente, como gracias a Dios lo hace.

Es verdad, según pienso, que el enemigo no tiene otro designio en todas estas turbaciones que en usted suscita, que el

de abatir su valor, disminuir en usted ese ardiente y puro amor de Dios, y esa gran confianza que le sirve de firme apoyo y que le atrae tantas gracias, y por este medio hacerle desistir de lo que ha emprendido para la gloria de Dios. Por su infinita bondad El ha convertido toda esas baterías en mayor gloria suya, para su santificación y confusión de su enemigo. Acaso éste no desista de su empeño, y le presente todavía mayores combates. Mas yo espero que el adorable Corazón de Jesús le sacará siempre victorioso.

En fin, ya es sacerdote y tiene el honor de sacrificar y ofrecer todos los días mi adorable Salvador a su Eterno Padre. ¡Qué consuelo y qué gozo para mí poder hacer lo mismo todos los días por su medio, y cuán feliz me juzgo al saber que goza de esa dicha incomparable! Aprovéchese de ella y haga que sea siempre con nuevas gracias. Yo me siento más deudora a su bondad infinita, que si me las hiciera a mí misma, porque espero que hará de ellas mejor uso que yo.

No sé cómo expresarle mis sentimientos de gratitud por las grandes y muy grandes caridades que me hace. Nunca me hubiera atrevido a esperar tanto, pero mi Soberano, que sabe la extrema necesidad que tengo de ellas, se lo ha inspirado. Allí es también donde encuentro toda mi fuerza y sostén en los diversos estados de padecimientos que tengo que soportar continuamente. Estos son a veces tan extremos, que mil veces sucumbiría a ellos sin el socorro de que le hablo, es decir, sin el Corazón de mi amable Jesús en el Santísimo Sacramento. Fuera de El no hay para mí en la vida ni placer, ni gozo, ni consuelo.

Le confieso, en confianza, que no puedo dudar del efecto de las palabras que mi divino Maestro me hizo escuchar al principio, cuando me enseñó a conocer su amable Corazón. El enseñó entonces a su indigna esclava que quería fuera mi vida enteramente conforme a la del Hombre-Dios, convirtiéndola en una verdadera copia de Jesús pobre, humillado, despreciado y paciente. Y de tal modo me hallo anonadada y destituída de todo apoyo, que a menudo exclamo con El en la cruz: «*¡Dios mío!*, *¡Dios mío!*, *¿por qué me has abandonado?*».

Y como no me es permitido manifestar mis penas, sino sólo sufrirlas en silencio, no diré otra cosa de ellas, sino que encuentro algo semejante en las disposiciones que me señala en su

carta. Me pregunta qué es lo que quiero hacer por usted en pago de tanto bien y caridad como me hace. Le respondo que no puedo hacer nada; pero me parece que al leer su carta, que me ha llenado de asombro al ver que quisiera ejercitar tan gran caridad para con una miserable e indigna criatura, el Soberano de mi alma me ha dado a entender, si no me engaño, que El le recompensará por todo con abundancia y profusión. A medida que hace todo ese bien por mí, El lo recibe como un presente que le hace a El mismo; por lo cual le enriquece a usted primeramente más que si lo hiciera por usted mismo, y después dispone de lo demás como le agrada.

Mas ¿por qué dice que me pide demasiado respecto de las comuniones? Puedo asegurarle que de buena gana ofrecería por usted todas las que tengo la dicha de recibir, si estuviera en mí disponer de ellas, o de comulgar conforme al ardiente deseo que tengo de hacerlo. Mas en las comunidades no debe haber nada extraordinario sino el amor y la cruz. No comulgamos ordinariamente más que dos veces por semana, a saber, el domingo y el jueves, y fuera de esto no se me permite hacerlo más que en los primeros viernes de mes. He aquí todo lo que puedo hacer a intención suya, pues fuera de esos tiempos no comulgo sino por medio del amor y de la cruz de este único amor de mi alma que me une a sí por esos medios de un modo inexplicable.

Gran júbilo me causa cuando me habla de los progresos de nuestra amable devoción, porque se nos ha dicho que a causa de la de Molinos (73) y el quietismo, se iban a prohibir todas las devociones nuevas; que no se permitiría que se estableciera ninguna de éstas, y que la del Sagrado Corazón de Nuestro Señor sería por lo tanto suprimida, lo mismo que la de la Santa Infancia, la cual ha sido enviada a Roma para ser examinada. Mas por nada de esto me aflijo, pues como no busco en ello más que el cumplimiento del beneplácito de mi Soberano, si El quiere destruir lo que ha comenzado, lo querré yo también con El, aguantando en silencio mi cruel dolor. Sé perfectamen-

---

(73) Miguel Molinos († 1696) presbítero español (a quien no hay que confundir con el famoso jesuita Luis Molina, ni tampoco con el escritor cartujo Antonio Molina) fue el autor de un perverso sistema ascético llamado *quietismo o molinosismo* por la falsa *quietud* en que decía debe mantenerse el hombre perfecto, sin inquietarse por nada, ni siquiera por el pecado. El Santo Oficio condenó el 1697 estas perniciosas doctrinas.

te que es bastante poderoso Jesucristo para sostener, proseguir y acabar lo que El mismo ha comenzado. Y para esto se servirá aun de las contradicciones y oposiciones de todos los que le son contrarios, y lo convertirá todo en más sólido fundamento para establecerla. En fin, es negocio suyo, y yo me abandono a todo lo que El hiciese.

En cuanto a eso que me indica, ya le he dicho que, si puede hacerse sin que yo sea por ello conocida de manera alguna, consiento en lo que me pide, pero de ningún modo quiero que se advierta que soy parte en ello. Le aseguro en cuanto yo puedo conocerlo, que mi Dios no exige de mí ese sacrificio; que si yo conociese que El lo quiere, no vacilaría un momento en ofrecérselo.

Mas si obrase de otro modo, pondría un obstáculo a la misma devoción que piensa establecer, pues sé que mi Soberano no tiene necesidad de tan vil y miserable instrumento para la realización de un designio tan grande que debe procurarle tanta gloria para la salvación de gran número de almas. Si pudiera expresarlo como me parece que me lo da a conocer, aún se redoblaría su celo por esta amable devoción. Y aun cuando El le juzgara digno de padecer algo por este motivo, yo le juzgaría dichoso por ello, y me regocijaría, como lo hago cuando a mí me regala con este favor.

En cuanto a examinar de qué espíritu proviene lo que le digo y he dicho, tanto respecto de esta amable devoción, como de otros asuntos, me haría particular servicio si me dijera claramente lo que en esto siente, por el gran temor que siempre tengo de ser engañada, sin que pueda desengañarme por más esfuerzos que haga. Y es que el espíritu que me guía ha tomado un dominio tan absoluto sobre todo mi ser espiritual y corporal, que me parece que vive y obra en mí más que yo misma. Por más resistencia que le haga, no puedo impedir sus operaciones; siempre tengo que acabar por hacer lo que él quiere; juzgue de ello usted mismo. Lo cierto es que no siento yo afición más que a este Soberano de mi alma, y de ningún modo a sus favores, por grandes que sean para conmigo. El me los da, El me los quita como le place, sin que esto me cause pena, constituyendo todo mi placer el contentarle a El solo.

Sería demasiado larga si le expresara los efectos de sus bon-

dades y de su conducta para conmigo; pero creo haberle dicho de ello lo suficiente, lo mismo que de las excesivas bondades de su amable Corazón, para que pueda conocer si soy víctima de alguna ilusión. Os suplico encarecidamente, por todo el amor que tiene a mi Señor Jesucristo, que no me lo disimule, después que lo haya examinado con los que me dice, pero bajo secreto; porque quiero vivir desconocida, y por esto no me dará a conocer a ninguno de los Padres que vienen a esta ciudad.

Me da una gran consolación cuando me dice que ese santo personaje se emplea en eso con celo, pues es una de las almas escogidas para dar gracias a Dios por tales medios.

Estoy muy contenta de que haya enviado esta devoción a Malta. Propáguela por todas partes, por cuantos medios El le diere. En cuanto a mí, me ha proporcionado El ocasión de enviarla a Quebec, y así espero que este divino Corazón será conocido y amado en todas las partes del mundo.

En cuanto a lo que me dice acerca de esos jóvenes estudiantes que desean entregarse a Dios, no es propio de una miserable pecadora como yo, tener la temeridad de dar a conocer la voluntad de Dios en lo concerniente a su vocación ni a ninguna otra cosa. No espere tal de mí, se lo suplico, ni me lo pida; y si mi gran orgullo me arrastrara alguna vez a hacerlo, téngalo por engaño y decepción. Mas no dejaré de rogar a Nuestro Señor que les haga conocer su voluntad y les dé las gracias necesarias para cumplirla valerosamente, sin hacer caso de lo que les cueste; porque no les ha de faltar el que los llama. Que bastante poderoso es para mantener su propia obra, si en El confían.

No dejaré de ofrecer la sagrada Comunión a sus intenciones, ni de encomendar a ese buen Padre, su amigo, el cual, a mi juicio, se causa un gran daño a sí mismo desde que disputa su corazón a Aquel que lo ha creado para su Amor y tiene tan gran deseo de poseerlo absolutamente y hacerse dueño de él para comunicarle abundantemente sus gracias. Pero no me toca a mí decir todo lo que nuestro Señor desea de él; yo pediré a su bondad, que se lo haga conocer y le dé fortaleza para ejecutarlo. Paréceme que haría bien en consagrarse al adorable Corazón de Jesucristo, y seguir fielmente sus santas inspiraciones; mas esto, fuerte y constantemente, por medio de un completo olvido y desprecio de todo lo que le impide hacerse un gran santo.

Creo que no debe hacer caso del trabajo que siente en oír confesiones, pues eso le será de gran mérito si en ese ministerio persevera con valor. Dios será en ello muy glorificado, por la caridad que ejercitare soportando a los pobres pecadores.

Mucho me agrada oírle que tiene intención de hacer su libro lo más perfecto que pudiere. Es mejor gastar en él más tiempo, pues nada le urge fuera del amor de mi adorable Salvador: no olvide en él las letanías del Corazón de la Santísima Virgen, nuestra buena Madre. Mucho me place que el R. P. Gette tenga alguna parte en esa obra por medio del *Oficio* que ha compuesto. Es un religioso muy santo y un perfecto amigo del Sagrado Corazón de Jesucristo, a quien yo bendigo y doy gracias con todo mi corazón por haberle inspirado la idea de poner un San Francisco de Sales en su imagen, con un Beato Luis Gonzaga. Porque es verdad que ese gran Santo tiene mucha parte en esta amable devoción, y además, esto dará doble contentamiento a las Hijas de la Visitación (74).

Por lo demás nada dice de las indulgencias que tiene propósito de conseguir; ¿o es que ya no piensa en ello?

Nos han escrito que Mgr., el Arzobispo de Viena, ha aprobado esta devoción.

Mas no se olvide de lo que tantas veces le he rogado y le ruego ahora una vez más: Que en su libro no se haga para nada mención de mí; ni bajo ningún pretexto que se pudiera alegar sea yo por él conocida. ¡Si pudiera expresar la pena que padezco cuando se me nombra, y creen que tengo alguna parte en esta devoción! ¡Si me parece que en seguida la va a rechazar todo el mundo con causa!

Cuando los predicadores predican de ella en mi presencia, no sé por qué, pero me parece que estoy durante ese tiempo sumida en un purgatorio compuesto de toda suerte de tormentos, donde padezco un martirio que no podría sufrir sin el apoyo del poder de Aquel mismo que me hace sufrir.

---

(74) En la parte alta está el Divino Corazón rodeado de llamas; más abajo, y a la derecha, la Santísima Virgen sentada sobre nubes, levanta la mano izquierda hacia el Corazón de Jesús y extiende la otra a San Francisco de Sales y San Luis Gonzaga, sentados más abajo, y les invita a adorar al Divino Corazón, al cual rodean algunos ángeles. No apareció este grabado en la primera, pero sí en las siguientes ediciones del famoso libro.

No; no hemos cambiado todavía de Superiora; por eso me aprovecho de la buena voluntad de la nuestra para escribirle. Si a la nueva no le agradare, no le contestaría ya a las que me escribiera, y así lo recibirá todo en el amor del Sagrado Corazón.

Maria concepta est sine peccato.

Carta CXXXIX

DECIMA Y ULTIMA DE AVIÑON, AL P. CROISET

Sólo el Corazón soberano me puede forzar a escribirle. Bastará con mencionarme a mí en su libro para que todo se estropee. Desconfíe de usted, pero para confiar más en El. Es obra suya y El la llevará adelante. ¿Quiere que le reciba el Divino Corazón? Haga que le presente Santa Margarita. Nuevas advertencias y consejos acerca del famoso libro, pronto ya a terminarse, del P. Croiset. "¿Qué puede temer celebrando como celebra la Santa Misa?" Dos encargos especiales. Un deseo de la Santa, plenamente realizado en el actual Apostolado de la Oración. "Los dolores de cabeza casi no me dejan escribir".

¡Viva † Jesús!

Del 21 de Agosto de 1690.

Le contesto inmediatamente después de haber recibido la suya, para quitarle todo motivo de queja sobre mi retraso en hacerlo, aunque ya debe haber recibido la respuesta a la suya última. En ella le indicaba la causa de esto, y no la repetiré aquí. Solamente le diré que ha sabido bien hallar los medios de hacerme escribir, como me lo ha dicho, pues jamás lo hubiera podido creer. Le confieso francamente, que sólo el interés del amabilísimo Corazón de mi Soberano es capaz de obligarme a hacer este esfuerzo. Y sepa que si El no le hubiera escogido para darle el honor, la gloria que espera de usted por la obra en que trabaja, nunca me hubiera permitido, por más esfuerzos que yo me hubiera hecho, el hablarle tan confidencialmente y con tanta franqueza de corazón, aunque no ignoro, a la verdad, que todo esto no es inútil para usted.

Es preciso que le diga una cosa, de la cual siempre me olvido al escribirle. Bien conozco por las suyas que mi modo sencillo de explicarme le engaña y le da una idea de lo que yo debiera

ser; mas en realidad me veo tan distante de eso, que no pienso en ello sino con temor y temblor. Nada me sorprende más que el que se me dé algún crédito a lo que digo, viéndome tan mala como soy.

No puedo, a pesar de esto, dejarle de decir sencillamente mis pensamientos, en cuanto me es permitido hacerlo, y nada me ha detenido más en este asunto que el haberme usted dado a entender que esto podría contribuir a darme a conocer. ¡Oh, que no suceda semejante cosa, le suplico por todo el amor que tiene a mi Soberano Maestro! Me parece que no exige eso de mí, por la horrible pena que en ello me hace experimentar.

Es cierto que veo en ello algo de mi interés propio; mas espero que el de la gloria divina no estará en eso interesado, ni disminuirá. Por el contrario, si se descubriere algo de mí en su libro, eso solo sería capaz de inutilizarlo y de quitarle toda su importancia y fruto, por no ser mi vida conforme a los grandes y excesivos favores que recibo de mi Dios. Esa es una de las razones que me obligan a ocultarlos cuanto puedo.

Pero nada debe temer respecto de su obra, puesto que es de su agrado; y esto basta para que El con su gracia le conceda el producir más efecto del que usted mismo espera, con tal que se apoye en El y lo espere todo de esa misma gracia, y nada de las criaturas. Hace bien en desconfiar de sí mismo, con tal que esa gran confianza que debe tener constantemente en la bondad de nuestro Dios reine siempre por encima de todo.

¿Se sorprende de esto? Pues esto no es todavía nada, porque es menester que sea siempre probado y purificado como el oro en el crisol para la ejecución de los designios divinos. Grandes son, a la verdad, porque tendrá que sufrir mucho de parte del demonio, de las criaturas, y de usted mismo; mas nada tiene que temer, pues El le muestra su amor de ese modo.

La conducta que observa El con usted me confirma en este pensamiento, y aun en otros no menos ventajosos para usted. Esto me obliga a decirle repetidas veces, que es dichoso si corresponde a la elección que El ha hecho de usted para dar a conocer y hacer amar su Divino Corazón. Pero, repito, corresponda a ella mejor que yo, por grande que sea la pena y repugnancia que no ignoro que siente, y a pesar de todas las oposiciones y contradicciones que Satanás pudiera suscitar a nuestra empresa.

Espero que la cosa se realizará felizmente a gloria de nuestro soberano Dueño y confusión del enemigo, el cual revienta de despecho por no haber podido impedir esta amable devoción en la cual le conjuro que trabaje con todo el poder y medios que le diere nuestro soberano Señor.

Estoy bien persuadida de la poca capacidad que dice tener para esta obra; pues cuando menos ella tenga de la criatura y del espíritu humano, más tendrá de Dios y del espíritu divino. El cual no quiere servirse de este particular más que de personas ineptas, porque lo quiere hacer todo por sí mismo, con tal de que nuestro amor y confianza secunden su poder.

Otra señal que El me da de su elección y de su amor para con usted, es que todas las veces que le presento a ese Corazón adorable, siempre encuentro en El entrada libre en favor suyo. Siempre está dispuesto a ensanchar y dilatar el divino tesoro de su puro amor para con usted. Esta es la señal cierta que ese Soberano de mi alma ha dado a esta su miserable e indigna esclava. Y si no me engaño, es también la señal que me da de que escoge y recibe a los que le presento. Cuando no le son gratos, ese Corazón me parece cerrado e insensible; y siento que a mí misma me rechaza con indignación, cuando persevero importunándole por los que le ultrajan y desprecian con sus resistencias. Esto no se entiende de los grandes pecadores, sino de aquellos que El había escogido para colocarlos en el número de sus amigos. Cuando le presento a estos tales, me siento, repito, no sólo rechazada, sino como ligada y reducida a la impotencia de hacerlo. Sin embargo, algunas veces combato tan largo tiempo, que al fin consigo lo que deseo.

Volviendo a la obra del adorable Corazón de mi Jesús, no dudo que El haya trabajado en ella más que usted mismo, pues el conjunto, si no me engaño, es tan perfectamente de su agrado, que no creo sea preciso cambiar nada, ni la consagración ni el acto de reparación. Solamente le rogaría que pusiera en ella la pequeña consagración, pues como viene de El, no le agradaría el que se omitiera. Y sepa que, por lo demás, debe proceder con toda libertad en esta obra, siguiendo el movimiento de su inspiración para quitar o añadir según El le inspire. En

verdad que no sé de dónde me viene la pena que siento de que difiera para el año próximo el imprimirla (75).

Me someto, con todo, pareciéndome bien su razón, pero a condición de que haga que impriman de nuevo los primeros. Y me extraña que no se hayan reimpreso ya, siendo buscados con tanto afán, al menos por aquí, que, a pesar del deseo que he tenido de conservar uno de los suyos, no lo he podido conseguir. Así, creo será gloria de ese Divino Corazón volver a imprimir más para satisfacer la devoción de los que los desean; pero en esto, como en todo lo demás, obre según El le diere a conocer ser su mayor gloria.

En todas sus penas y tentaciones nada veo que no me dé más bien gozo que temor, pues nuestro enemigo sale siempre de ellas confundido. Y por otra parte, ¿qué puede temer celebrando ya la santa Misa? ¡Oh Dios mío, qué feliz es, y qué acciones de gracias le debe dar por todas aquellas de que El colma nuestras almas por este medio! Paréceme que debiéramos por ello darle gracias incesantemente, lo cual hago yo en las comuniones que por usted recibo todos los jueves. Con ellas le doy mil gracias por el exceso de caridad que tiene conmigo al ofrecer esos Santos Sacrificios por mí. Espero que el Corazón amable de mi Soberano Dueño se lo recompensará tan abundantemente, que me atrevo a decirle que nada perderá por eso.

Le envío para M. Durets este billetito, el cual le aseguro que no se ha escrito sino después de muchos gemidos, oraciones, etcétera. Usted se lo entregará, después de haber dicho la santa Misa que me ha prometido decir tan pronto como lo haya recibido; pero la dirá por los tres, y particularmente por él, a fin de que Dios le disponga a sacar del escrito el provecho que de él espero. Yo le confieso que me causa compasión en medio de esas grandes penas que tiene que sufrir; pero le están reservados grandes tesoros de gracias, porque es un alma

(75) «Yo moriré, había dicho la Santa a una de sus Hermanas, yo moriré seguramente este año para no impedir los grandes frutos que mi Divino Salvador pretende sacar de un libro de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que en seguida hará imprimir el P. Juan Croiset». Falleció efectivamente el 17 de Octubre de 1690 y por el mes de Junio del año siguiente 1691 apareció en Lyon (Imprenta de Molin) la célebre y esperada obra del famoso escritor, *La Devoción al Sagrado Corazón.*

escogida. Le suplico que nadie vea este escrito más que usted y él, y lo queme en seguida.

Le suplico de nuevo que no se desaliente por todas las contradicciones, penas y obstáculos que puedan salirle al paso en la composición del libro que ha emprendido. Piense que, siendo omnipotente Aquel por quien trabaja, no dejará que le falte ninguno de los socorros necesarios para realizarlo perfectamente, según su deseo.

Por mi parte, no he cesado de encomendarle a menudo este librito, y, si no me engaño, creo que es conforme a su deseo, y que El promete suplir todo lo que en él pudiera faltar. Le confieso que por mi parte, me siento muy consolada con su puplicación, con tal, sin embargo, de que yo no sea por él conocida en modo alguno.

Desearía, si lo juzga a propósito, insertara al fin alguna fórmula para dirigir todas las intenciones al Sagrado Corazón de Jesucristo, de modo que se hayan todas las obras en conformidad con las intenciones que El tiene en el Santísimo Sacramento del Altar (76). Aquí tengo yo una, pero no es apta más que para las personas religiosas, y es demasiado larga.

Verdad, es, como dice, que Dios ha querido hacerle un gran santo, y para esto le concede grandes favores, y me alegro mucho de que El mismo se los haga conocer, a fin de que corresponda a ellos más fielmente. Así lo espero de su bondad, y le pido que su gracia no sea vana en usted. Por lo demás, si no juzga a propósito entregar los escritos a ese joven, quémelos; más yo no dudo que su vocación a vuestra Santa Compañía sea de Dios.

El quiere que le ayude, con todo su poder, a sobrepujar las dificultades que le suscitará el demonio, y que recurra a menudo a ese divino Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, sin entre-

---

(76) Este hermoso deseo de la Virgen de Paray lo ha realizado perfectamente el *Apostolado de la oración* que pone todos los días por la mañana en el corazón y en los labios de sus socios este precioso ofrecimiento de obras, cuya fórmula actual dice: ¡Señor mío y Dios mío Jesucristo! —Por el Corazón Inmaculado de María—, *me consagro* a tu Corazón —y me ofrezco contigo al Padre,— en tu santo Sacrificio del Altar —con mi oración y mi trabajo—, sufrimientos y alegrías de hoy —en *reparación* por nuestros pecados, y para que ¡*Venga a nosotros tu Reino*! —Te pido en especial por el Papa tu Vicario —y las dos intenciones propuestas este mes al «*Apostolado de la Oración*».

tenerse de ningún modo con su enemigo, sino apartándose de él, sencillamente con desprecio y sin escucharle.

Le confieso que mis dolores de cabeza casi me quitan la libertad de escribir; y lo hago con tantas interrupciones, que creo no hay sentido ni razón en lo que escribo. Y no sé si le digo siempre la misma cosa, ni si lo podrá comprender, ni si lo podrá leer siquiera.

En fin, sea como sea, me hará un gran favor en quemar todos esos malos borradores de cartas, y en redoblar sus oraciones por mí, cuando esté en Retiro, que será, Dios mediante hacia el 12 de Octubre. Entonces será cuando tendré mayor necesidad de los auxilios de la gracia que espero alcanzar por su medio.

Por lo demás, no he puesto dirección al billete; basta con que usted sepa para quién es.

Ruego al Divino Esposo de nuestras almas, ya que nos ha creado únicamente para amarle, que nos consuma totalmente en su puro amor, a fin de que no cesemos ni un momento de amarle.

Sor Margarita María.
De la Visitación de Santa María.
D. S. B.

Carta CXL

CARTA A SU DIRECTOR (77)

Mi paz en un abismo de humillaciones y sufrimientos. Sublimes arranques de seráfico amor a vista del infierno.

¡Viva † Jesús!

Me parece, mi Reverendo Padre, que no llegaré a estar en paz, hasta que me vea abismada en humillaciones y sufrimientos, desconocida para todo el mundo y sepultada en un eterno olvido; o si se acuerdan de mí, que sólo sea para despreciarme aún más, y para darme una buena ocasión de sufrir algo por Dios. Esto es, mi Reverendo Padre, lo que sin cesar pido a mi

(77) Este título le dan las *Contemporáneas* y el P. Gallifet. Parece cierto que el destinatario fue el P. Croiset, que es quien nos ha conservado el texto de la misma.

Divino Salvador; y no sé si hay en esto algo de ilusión, pero le puedo asegurar que no sé pedir otra cosa fuera de su amor, o mejor dicho, que no sé pedir para mí más que una sola cosa a saber: amar ardientemente a Jesucristo Crucificado y, por consiguiente, un amor paciente.

No sé si me engaño, pero me parece que mi mayor contento sería amar a mi amable Salvador con un amor tan ardiente como el de los serafines; y me parece que no me disgustaría hacerlo aun en el mismo infierno. A veces me aflijo en extremo pensando que habrá un lugar en el mundo en el cual durante toda la eternidad un número infinito de almas rescatadas con la preciosa sangre de Jesucristo, no amarán a este amable Salvador.

Desearía, Divino Salvador mío, si tal fuese tu voluntad, sufrir todos los tormentos del infierno, con tal de amarte en él, tanto cuanto hubieran podido amarte en el cielo todos los desventurados que sufrirán allí eternamente, y que no te amarán jamás. Porque ¿es posible que haya un lugar en el mundo en el cual Jesucristo no sea amado en toda la eternidad? Ciertamente que si se conociese el deseo que tengo de sufrir y ser despreciada, no hay duda de que la caridad inclinaría a todo el mundo a satisfacerme en este punto.

Carta CXLI

CARTA A SU DIRECTOR (78)

Gran misión confiada a la mínima Compañía de Jesús. "Infinitos son los tesoros que encierra este Sagrado Corazón". No hay en toda la vida espiritual ejercicio de devoción más excelso. Gracias riquísimas y exuberantes para toda clase de personas, religiosas y seglares. La consoladora promesa de la muerte dulce. Aun los corazones más endurecidos.

¡Viva † Jesús!

Ojalá pudiera contar cuanto sé de esta amable devoción, y descubrir a toda la tierra los tesoros de gracia que Jesucristo

---

(78) No se puede precisar a quién iba dirigida; si al P. La Colombière, o al P. Rolín, o al P. Croiset, que es quien nos ha conservado también el texto.

encierra en ese Corazón adorable, y que tiene designio de derramar con profusión sobre todos lo que la practiquen. Yo le conjuro, mi Reverendo Padre, que no omita nada por inspirársela a todo el mundo.

Jesucristo me ha dado a conocer de modo que no deja lugar a duda, que por medio de los PP. de la Compañía principalmente quería establecer en todas partes esta sólida devoción, y formarse con ella un número infinito de siervos fieles, de amigos perfectos y de hijos verdaderamente agradecidos (79).

---

(79) Esta es la afirmación más categórica (a pesar de su habitual modestia en expresarse) de cuantas hace la Evangelista del Divino Corazón de la gran misión confiada a la mínima Compañía de Jesús de propagar por todo el mundo el nuevo Evangelio de misericordia y amor del Sagrado Corazón de Jesús. Ya hemos leído lo mismo en cartas anteriores; en la cien, dirigida a la M. de Saumaise; en la ciento siete (encargo, dice, a ellos especialmente reservado) dirigida a la misma; en la ciento treinta y dos, dirigidas al P. Croiset; y más expresamente en la noventa y una a la M. Saumaise, en la cual introduce a la «Reina de la Compañía de Jesús» en la célebre visión de la fiesta de la Visitación del año 1688 diciendo al B. de La Colombière:

«En cuanto a usted, fiel siervo de mi divino Hijo, tiene gran parte en este precioso tesoro (el Sagrado Corazón); porque, si fue dado a las Hijas de la Visitación conocerlo y distribuirlo a los demás, está reservado a los Padres de vuestra Compañía el demostrar y dar a conocer su utilidad y valor».

La Compañía de Jesús, por su parte, ha reconocido, henchida de gratitud por esta nueva muestra de amor y confianza de su Divino Capitán, y ha aceptado, oficial y solemnemente este «suavísimo encargo» (*munus suavissimum* lo llama el número 851 del Compendio de su Instituto) por medio de los PP. Generales y más aún por la Congregación General XXIII, y después por la XXVII. Pero en ningún modo se arroga una *misión única* respecto a la preciosísima devoción.

Miramos los Hijos de San Ignacio el culto del amantísimo Corazón como propio y peculiar nuestro en la frase del R. P. Roothan; pero en ningún modo *exclusivo*. Así como es propio y peculiar, pero no exclusivo, de los RR. PP. Carmelitas el Escapulario del Carmen, y de los RR. PP. de Santo Domingo el Santo Rosario. Y, por supuesto, no podemos menos de compartir nuestros títulos a este Apostolado especial con la Orden de la Visitación, y de honrar a su predilecta Hija Santa Margarita por quien fue aquel Apostolado comunicado a las dos religiones.

Por esto damos la más sincera bienvenida a cuantos operarios vienen a este riquísimo tesoro «del cual cuanto más se saca más queda por sacar» (Santa Margarita); ya sean individuos aislados, ya nuevas familias religiosas, algunas de las cuales se honran con el nombre de este Divino Corazón.

Quien desee ver más despacio las amorosas relaciones históricas entre el Sagrado Corazón de Jesús y su Compañía, puede leer nuestra obrita «Deudas de la Compañía de Jesús para con el Sagrado Corazón» de la cual, agotada ya la primera, estamos preparando la segunda edición.

Infinitos son los tesoros de bendiciones y de gracias que encierra este Sagrado Corazón. No sé yo que haya en la vida espiritual ningún ejercicio de devoción más propio para elevar el alma en poco tiempo a la más alta perfección, y hacerle gustar las verdaderas dulzuras que se encuentran en el servicio de Jesucristo. Sí, lo digo con seguridad; si se supiera cuán agradable le es a Jesucristo esta devoción, no habría un solo cristiano, por poco amor que tuviera a este amable Salvador, que no la practicase en seguida. Haga sobre todo, que la abracen las personas religiosas, porque sacarán de ella tantos auxilios, que no será necesario otro medio para establecer el fervor y la más exacta regularidad en las comunidades menos observantes, o hacer llegar al colmo de la perfección a las que viven en mayor regularidad.

En cuanto a las personas seglares, encontrarán en su estado, por medio de esta amable devoción, cuantos socorros necesiten; es decir, paz en sus familias, alivio en sus trabajos, bendiciones del cielo en todas sus empresas y consuelo en sus tristezas. En ese mismo Sagrado Corazón es en donde hallarán propiamente un lugar de refugio durante toda su vida, y principalmente en la hora de la muerte. ¡Ah, cuán dulce es morir después de haber tenido una tierna y constante devoción al Sagrado Corazón de Jesucristo! [¡Al Corazón de Aquel que nos ha de juzgar!]

Mi Divino Maestro me ha dado a conocer que los que trabajan en la salvación de las almas, lo harán con éxito y tendrán un arte especial para conmover los corazones más endurecidos, si profesan tierna devoción a su Corazón sagrado, y si trabajan para inspirarla a los demás y establecerla en todas partes.

En fin, es evidente que no habría en el mundo persona alguna que no recibiera toda clase de auxilios del cielo, si se tuviera un amor verdaderamente agradecido, cual es el que se le demuestra por la devoción a su Sagrado Corazón.

CARTA CXLII (80)

¡Quién pudiera sumergirse en ese mar del amor de Dios!

¡Viva † Jesús!

Mi muy amado [Padre]: He tenido deseos de conferenciar con usted de cosas espirituales, y de darle parte del deseo que tengo de embarcarme mar adentro, o más bien, sumergirme en ese sublime mar del amor de Dios; y como comprendo que el piloto es el Espíritu Santo, le ruego que me obtenga de El que me reciba en su nave.

Pero, como no hay que embarcarse en un viaje tan importante sin armas para combatir, le quedaré muy obligada si por su intermedio puedo llegar a la práctica de lo que aún no conozco, más que por especulación, que es el puro amor de Dios. Deseo hacer y sufrir cada día todo con perfección, caminar en su presencia, herir a menudo el Corazón del Esposo con jaculatorias, y tener mi corazón atento a las que El me dirija. Por este medio enriqueceré mi corazón con un tesoro que aumentará insensiblemente como el dinero en el arca, el cual no será conocido hasta después de mi muerte, después de la cual quisiera haber hecho aún mucho más.

---

(80) Afirma el editor francés Gauthey que está convencido de que esta carta no es de la Santa, aunque varios se la han atribuido, y por eso la publica.

SEGUNDA PARTE

CONSEJOS Y DESAFIOS

A) CONSEJOS PARTICULARES

A una religiosa imperfecta que se había encomendado a sus oraciones. Dónde hallar el verdadero descanso. Bienes de las penas interiores. Cómo llevarlas.

¡Viva † Jesús!

Debo decirle para su gobierno, mi querida amiga, que haciendo oración por V. C., he tenido la idea de que, queriendo el Sagrado Corazón implantar su imperio y el Reinado de su amor en su corazón, V. C. lo echa a perder, sustituyéndolo por la criatura. Pero no permitirá nunca que encuentre verdadero descanso, sino en el perfecto desasimiento de esa misma criatura, y lo conseguirá huyendo de ella. Saldrá victoriosa luchando; resista, pues, con valor todos los ataques que sufra, pues no logrará nada sin trabajo, y el premio sólo se da al vencedor. Ruego al Sagrado Corazón que sea de este número, [pues el mío la ama siempre mucho, aunque enclavado en la cruz, en donde no es capaz de otra cosa sino de sufrir; pero no quiere más que amar sufriendo y sufrir amando. He aquí todo lo que ambiciono.]

Se aflige por sus penas interiores, y yo le aseguro que, en eso mismo, debe encontrar el mayor consuelo, con tal que las sufra con paz, sumisión y abandono en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Se las envía precisamente por un exceso de amor hacia usted, y quiere que lo sepa para que le esté agradecida.

Primero, pretende purificarla por medio de estas penas, de todos los afectos que ha tenido hacia las criaturas, contrarios

a la pureza de su divino amor. En segundo lugar, quiere hacerla merecer la corona que le tiene destinada, dándole una pequeña parte de las amarguras que El sufrió todo el tiempo de su vida mortal; y, cualquiera que sea la naturaleza de sus penas, es feliz por tener esta semejanza con El. Además las dulzuras interiores no producirán en usted más que entretenimiento y vana complacencia, y jamás amor puro y sólido.

Vea, pues, si le debe estar agradecida o no de que observe con V. C. esta conducta, por la cual no pide sino la perfecta sumisión a su santísima voluntad, obrando con gran pureza de intención y deseo de complacerle, sin respetos humanos. Y, como ya se lo he dicho otras veces, no quiere de V. C. otras pruebas de que le ama sino una profunda humildad de espíritu, la paz del alma y del corazón y el deseo de amarle, puesto que El la ama en verdad y no la dejará perecer. No tenga ya reserva alguna con El, que quiere reinar, mandar y gobernar en V. C., dando impulso a todas sus acciones, y ser el objeto de todos sus afectos.

II (1)

ABANDONO SIN RESERVAS AL SAGRADO CORAZON DE JESUS

Su práctica. Fidelidad al Divino Corazón. "No se acuerde más que de El solo".

Ha hecho muy bien, mi querida amiga en el Sagrado Corazón, en darme noticias suyas. Desde el domingo me sentía apremiada a darle este billete que desde hacía tiempo tenía escrito para V. C., pero me venía siempre a la imaginación la idea de que estuviera en Retiro, y de que así le serviría de respuesta al que nos había escrito.

Recíbale, pues, no como venido de mí, sino de El, que verdareramente la ama y no la abandonará jamás. Pues me parece que me apremia a que le diga que no tema abandonarse a El sin reserva y consagrarle todo su tiempo y sus instantes, para emplearse en sufrir o en gozar, según su beneplácito, sin pre-

(1) Este consejo no es en realidad más que la segunda parte del último, número 52, como el mismo M. Gauthey lo reconoce en una nota a éste último. De modo que él lo inserta dos veces. Nosotros hacemos lo mismo para poder seguir la misma numeración de la edición francesa.

ocuparse de otra cosa que de amarle y dejarle hacer. No puede destinar su Retiro a otro fin que le sea más agradable.

Persevere, pues, mi querida amiga, en amar al Sagrado Corazón que le reserva aún liberalidades mucho mayores que aquellas a que la tiene acostumbrada. Pero se las dará a conocer a medida que le sea fiel y ponga en El su confianza en medio de las contradicciones y humillaciones. Debe recibirlas y abrazarlas como prendas de su amor, sin dejar escapar ninguna ocasión, pues es el mejor medio de contentar a nuestro buen Maestro.

Trate, le ruego de comprender esta divina lección y todo lo que quiere de usted, para ponerla después en práctica. Dele a El la gloria de todo, y no atribuya jamás cosa alguna a las criaturas, que no son capaces sino del mal.

En cuanto al Retiro del R. P. de La Colombière, no lea más que lo que trata del Corazón adorable de Jesucristo, el cual únicamente debe ser su meditación, su conversación, su libro y toda su dirección. Debe ocupar su memoria, iluminar su entendimiento e inflamar su voluntad, para que no se acuerde más que de El solo. Continúe rogándole mucho por mí, que yo lo hago por V. C. Me voy a tomar mi descanso en ese Sagrado Corazón, pues ya es tarde. Ruéguele mucho para que se extienda por todas partes su conocimiento y amor, y recomiéndele muy particularmente todas las necesidades de esta Comunidad.

D. S. B.

III

¡Viva † Jesús!

A UNA RELIGIOSA QUE SE DEJABA DOMINAR DE SU VIVEZA DE GENIO

Confíe. Luche. ¡Siempre adelante! Muera a sí y Jesucristo vivirá en V. C.

Me he acordado de V. C. en la Sagrada Comunión como se lo había prometido. Pero Nuestro Señor quiere que le diga que no está contento de V. C., y que si no pone más cuidado en moderar sus pequeños ímpetus y prontos, le obligará a alejarse su corazón.

Tenga cuidado de no separarse del camino que El le ha trazado, pues vendría a ser tan mala, como buena ha querido ser. Pero para enderezarse, hará, si quiere creerme, todos los días, cinco prácticas; tres de mortificación de las ligerezas de genio, y dos de vuestras repugnancias, hasta la Presentación de Nuestra Señora. Así se ganará el Corazón de Jesucristo, y se dispondrá a recibir las gracias que le ha destinado en el Retiro. El Señor la ama; si así no fuera, la dejaría más tiempo estacionada en sus faltas. Confíe en su bondad y luche con valor. No se turbe ni se deje abatir. Y cuando haya caído voluntariamente, haga penitencia.

No puede recorrer el camino que el Señor le ha trazado, sino con una continua renuncia de sí misma, y de todos esos movimientos demasiado solícitos que tiene por las criaturas, Muera, pues, a todas esas inútiles inclinaciones, y Jesucristo vivirá en V. C., pues quiere que camine a buen paso en la perfección, a fin de que no reciba en vano su divina gracia. Que su bondad le haga esta gracia es lo que le deseo.

IV

¡Viva † Jesús!

A OTRA MUY FERVOROSA EN EL AMOR DE JESUCRISTO

"Todo por amor, en el amor y para el amor". "Lo quiere todo o nada".

Acuérdese que si muero antes que V. C., ocupará mi lugar ante el Santísimo Sacramento; le pedirá perdón por todas las irreverencias que de mí ha recibido. Y si Dios tiene misericordia de mí, le prometo que no la olvidaré, sino que haré por V. C. todo lo que esté en mi poder.

Y mientras tanto, crea, mi querida Hermana, que no hay nada que yo no quisiera hacer, exceptuando el pecado, para su adelanto en el santo amor. Amémonos en el Sagrado Corazón de Jesús; amémosle la una por la otra, amémosle en todos los acontecimientos, y tome siempre como divisa: «¡*Fiat voluntas tua*!» Ame y haga lo que quiera, pues quien tiene amor, lo tiene todo. Haga todo por amor, en el amor y para el amor,

pues el amor es el que da valor a todo. ¡El amor no quiere un corazón compartido; lo que quiere todo o nada! El amor se lo hará todo fácil. Devuélvale, pues, amor por amor, y no se olvide jamás de Aquel a quien el amor hizo morir por V. C. Pero no le amará más que tanto cuanto sepa sufrir en silencio, preferirle a la criatura y anteponer la eternidad al tiempo.

D. S. B.

V

¡Viva † Jesús!

A OTRA QUE LE HABIA PEDIDO REGLAS DE CONDUCTA

Jamás dispute con la gracia. Es cosa muy temible el resistirla.

He aquí, mi muy amada Hermana, unas palabritas salidas del corazón, según el deseo que me manifiesta, y es que si quiere secundar los designios que el Sagrado Corazón tiene de convertirla en su verdadera discípula, debe renunciar a todo razonamiento humano. Quiero decir que no hay que disputar con la gracia cuando le apremia a practicar la virtud para hacerla obrar el bien, o evitar el mal.

Tiene que seguir valerosamente los buenos impulsos que le da, a pesar de todas las repugnancias y oposiciones de la naturaleza. No se haga ilusiones; esta gracia que ahora la apremia tan vivamente, irá disminuyendo poco a poco, se cansará y retirará de nosotras, dejándonos frías e insensibles a nuestros propios males. Después de esto ya podremos pedirla y buscarla; el Sagrado Corazón de Jesús se burlará de nosotras, como nosotras nos hemos burlado de su gracia. ¡Dios nos libre de esta desdihca! Le digo esto a fin de que se prevenga y no caiga jamás.

VI

A UNA HERMANA A QUIEN LE RECOMIENDA LA FIDELIDAD

Cómo será fiel a Dios, a las Reglas y a sí misma.

Acuérdese a menudo de estas palabras: «Si hoy escucháis la voz del Señor, no endurezcáis vuestro corazón».

Sed fiel a Dios, a sus Reglas y a sí misma. A Dios, dándole todo vuestro amor y todo vuestro corazón sin dividirlo; no tolere que se entregue con afán a las cosas terrenas y humanas, sobre todo al afecto de las criaturas.

Fiel a sus Reglas, prefiriéndolas a todo lo demás, y no descuidando ninguna, por pequeña que sea.

Sea también fiel a sí misma, haciendo buen uso del tiempo, empleando cada momento según los fines a que está destinado, y con la misma pureza de amor que tendría si fuera el último de su vida.

VII

¡Viva † Jesús!

FIDELIDAD CONSTANTE Y COMPLETA AL CORAZON DE JESUS

Confianza filial en el Divino Corazón. "¡Que bueno es amarle y ser suya!" Fuera todo resentimiento. Exquisita caridad fraterna. No se desanime por sus faltas.

Sea también constantemente fiel en la práctica del bien que conoce; ya sabe bastante todo lo que debe practicar para hacerse una gran santa. Espero que lo será con la ayuda de la gracia y su fidelidad. Es preciso para esto, poner toda la confianza en el Sagrado Corazón de Jesús, recurriendo a El en todas sus necesidades, descubriéndole todas sus penas, como un niño a su padre, pues la ha engendrado en la cruz. Por lo mismo no la abandonará, si no le abandona V. C. primero, lo que ya sé que no lo quiere hacer.

Desea El que le haga el sacrificio de todo lo que cuesta a la naturaleza, cuando le proporcione ocasión. Y si le hace encontrar amargura e inconstancia en las criaturas, es porque la ama y no quiere que se apegue a lo que es perecedero sino a El. Es el único que puede contentar su corazón y lo contentará efectivamente y lo llenará a medida que V. C. lo vacíe de las criaturas. ¡Ah, mi querida Hermana, si pudiéramos comprender el ardiente amor que nos tiene, y qué bueno es amarle y ser toda suya, despreciaríamos todo lo demás para corresponder a su amor, amándole más con obras que con palabras. Este amor hará que abrace fácilmente todas las ocasiones de mortificación y de

humildad, como medios que le presenta para unirse a El, santificándose. No conserve nunca resentimiento alguno hacia las personas de quienes se sirve para procurárselo.

Trate de conformar su vida con el modelo de la humilde dulzura del amable Corazón de Jesús; únase a todas sus santas intenciones. Ofrézcale la pureza de las mismas para reparar todo lo que pudiera haber de impuro en las suyas, sea en la oración o fuera de ella. Pero, sobre todo, le encarezco mucho que no manche su lengua con nunguna falta de caridad, que no cometa ninguna falta deliberada, y que cuando la haya cometido, se imponga alguna penitencia.

Adiós, mi muy querida Hermana. Si yo pudiera contribuir en algo a su santificación, no hay nada, se lo aseguro, que no quisiera hacer para ello.

Seamos, pues, todas de Dios por el amor, todas de nuestras Superioras por la sumisión, y todas de nuestro prójimo por la caridad.

Le pido también una cosa; y es que no se inquiete ni se desanime por sus faltas, sino ame y quiera la abyección que de ellas le resulta, la cual es todopoderosa para unirnos al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. He aquí, mi querida Hermana, lo que me ha venido a la imaginación decirle. Ruego a su bondad que saque de todo gloria para sí, y a V. C. que no me olvide en su presencia.

VIII

¡Viva † Jesús!

A OTRA NOVICIA MAS ELEVADA EN EL AMOR DE LA PERFECCION

Completo sacrificio de todo nuestro ser. Más que la mortificación exterior, la interior. La obediencia, camino segurísimo.

¡Todo a la mayor gloria de Dios!

Para seguir sus santos impulsos voy a decirle, en su santa presencia, lo que me haga conocer que El quiere de V. C. Primeramente, que le haga completo sacrificio de todo su ser espiritual y corporal, para no emplearlo en otra cosa que en rendirle y procurarle todo el honor, amor y gloria que esté en

su poder. Hágale donación entera y sin reserva de todo lo que hasta ahora haya podido hacer de bueno con su gracia, y de todo lo que haga en lo futuro con la ayuda de esta misma gracia, a fin de que disponga de todo según su voluntad.

Y porque, según dice, estos bienes no son capaces de enriquecer a un alma a quien El llama a seguirle en el camino del puro amor y en el despojo de todas las cosas, tanto como su vocación lo permite. Por esto ha revestido su alma con la túnica de la inocencia y la ha cubierto con el manto de su caridad, para no apartar jamás de ella su misericordia; y quiere enriquecernos con los tesoros inagotables que son eternos en su duración. Quiere de V. C. más sacrificio de espíritu y de voluntad que austeridades y penitencia corporales. No haga jamás ninguna sino por orden de sus Superioras, a las cuales se debe mostrar siempre sumisa, obedeciéndolas en lo que tengan a bien mandarle después que les haya manifestado sus bienes y sus males.

Jamás puede resultar engañado el obediente.

IX

¡Viva † Jesús!

INSTRUCCION A UNA NOVICIA

Hágase niña pequeñita por la humildad de corazón y la sencillez de espíritu. Abandónese al Sagrado Corazón. "Como si fuera sorda, ciega y muda. Para orar, trasládese a Getsemaní. No se turbe, ni siquiera por sus defectos. Abandónese por completo al amor. Sea observante. Jamás salga del Sagrado Corazón de Jesús.

Me ha dado mucho gusto, mi querida Hermana, escribiéndome, y puede estar segura de que mi afición a prestarle mis pequeños servicios, me hace encontrar placer en lo que piensa que me causa trabajo. Y cuando la vista de mis miserias me hace encontrar amargura en él, el deseo que me manifiesta de ser toda de Dios, me lo endulza todo.

Mucho me alegro de que Nuestro Señor la invite a abandonarse toda a El, como un niño en los brazos de su buen Padre, que es todopoderoso para estorbar que se pierda. Aplíquese

pues, estas palabras: «Si no os hacéis como niños pequeñitos, no entraréis en el reino de los cielos». Y creo que para V. C. el hacerse pequeña consiste en la humildad de corazón y sencillez de espíritu. Me parece que por estas dos virtudes llegará a la perfección que Dios pide de V. C.

La primera la tendrá toda anonadada en un perfecto olvido y desprecio de sí misma, recibiendo de buena gana, y como venidas de la mano de vuestro buen Padre, las humillaciones y contradicciones que encuentre, sin entretenerse a mirar las causas segundas. Mire su Corazón amoroso que no permitirá jamás a su mano adorable que ejecute nada respecto de V. C., sino su gloria y su santificación. Por lo mismo que la ama, le proporcionará a menudo modo de crucificarse sea por las criaturas, sea por sí misma. Pero de cualquier manera que sea, no oponga más que vuestro silencio y sumisión, diciendo: «*Es mi Padre celestial quien lo ha hecho*; ¡*esto me basta*!».

Y para empezar este [camino,] ame y sufra por Aquel que la ama. Y para esto, hay que hacer un completo y perfecto sacrificio a Dios de su propia voluntad, el jueves, después de la santísima Comunión, por un verdadero abandono de todo lo que es, sin reservarse ya ningún goce, pidiéndole perdón del mal uso que ha hecho de su libre albedrío. Hay que sacrificar también éste a su Sagrado Corazón que quiere hacerla toda suya. Para obtener esta gracia hay que rogarle que la haga vivir en lo futuro, como si fuese *sorda, ciega y muda.*

Sorda para oír las sugestiones del amor propio y las faltas de caridad; en una palabra, todo lo que pueda herir su alma, o manchar su corazón, por poco que sea, no deteniéndose jamás voluntariamente ni siquiera en un pensamiento inútil; pues todo esto le impide oír la voz de su buen Padre celestial.

Además debe ser *ciega* para no ver los defectos del prójimo y no hablar ni juzgar mal de ellos, y también para sí misma, dejándose gobernar en todo por la santa obediencia, sin réplicas ni reflexiones.

Ha de ser también *muda* para no hablar de sí misma, sea para alabarse, sea para excusarse, recordando que cuando se alaba, se convierte en objeto de horror y de desprecio ante Dios y los ángeles. Y cuando experimente deseos de excusarse, dígase: «*Mi Jesús, que era inocente, callaba cuando le acusa-*

ban, y yo, que soy criminal, ¿trataré de justificarme?» Después, guarde silencio y sufra por amor. No haga nada por respeto humano; cuando éste la tiente, diga: «*¡No!, Dios mío, no haré ni más ni menos porque las criaturas me vean; puesto que yo no quiero complacer más que a Ti solamente; me basta que me veas en todas partes*».

Para su oración, piense, al ir a ella, que acompaña a Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos, cuando hacía la suya; únase a sus santas disposiciones e intenciones. Y cuando encuentre disipación, fastidio o negligencia, diríjase esta censura a sí misma, recogiendo suavemente su espíritu: *¡Cómo, alma mía!, ¿con qué no pudiste perseverar con Jesús en la oración este ratito?* Y después vuelva sencillamente a su tema sin entretenerse a mirar cuáles eran sus distracciones. Al terminar, ofrezca al eterno Padre la oración de su Hijo para reparar los defectos de la suya, y que el fruto principal que saque sea el amor a la humildad y sencillez.

Siga el ejemplo de su Esposo crucificado, que no buscó jamás su propia gloria, sino la de su Eterno Padre. Que su gloria no esté ya más que en las humillaciones; y cuando éstas os vinieren, diga: «*¡Esto es lo que tengo merecido, y no las aprobaciones y alabanzas!*».

Tenga siempre en paz su corazón, y no se turbe nunca por nada, ni siquiera por sus defectos. Hemos de humillarnos y corregirnos de ellos con paz, sin desalentarnos ni abatirnos, pues el Señor no mora más que en la paz.

Haga de modo que secunde animosamente los designios que el Señor tiene sobre V. C. y esto lo hará, abandonándose por completo a su amor. Y puede estar segura, mi querida Hermana, de que, por mi parte, la amistad que le profeso no me dejará descuidar cosa alguna que, según las luces que su bondad me dé, pueda servir para humillarla y mortificarla según el deseo que de ello me manifiesta. Pesuádase en todo caso, de que todo nacerá de un corazón deseoso de su perfección tanto como de la mía, y no crea nunca que me es importuno el prestarle mis humildes servicios. No sé si le hablaré en conformidad con sus disposiciones.

Dese con toda diligencia a la práctica exacta de todas nuestras santas observancias. Le suplico que ponga su morada en

el Sagrado Corazón de Jesús. Ponga allí todo lo bueno que haga; busque todo lo que necesite, uniéndose siempre a El en todas sus obras y sufrimientos. Y cuando cometa alguna falta, tome de este divino Corazón con qué repararla, imponiéndose siempre alguna penitencia para satisfacer por ella. En eso dará a conocer la eficacia de su deseo de ser perfecta: en el cuidado que tenga en todo esto, y en considerarse pequeña y baja a sus ojos, a fin de que crezca en el corazón y en el amor de Nuestro Señor.

X

¡Viva † Jesús!

ABANDONO TOTAL EN EL SAGRADO CORAZON

Su práctica. Amele y déjele hacer.

Creo que contentará al Sagrado Corazón de Jesús, cuando se abandone de tal manera en El, que sea la mirada de sus ojos, el sonido de sus oídos, la luz de su inteligencia, los afectos de su voluntad, el recuerdo de su memoria y todo el amor de su corazón. Déjele obrar según los designios que tiene acerca de V. C., sin reservarse nada más que el cuidado de complacerte y amarle sobre todas las cosas; destierre todas las reflexiones del amor propio y contemplaciones de sí misma, que tantos obstáculos oponen a las operaciones de la gracia en V. C.

Confíe en El, olvidándose y despreciándose a sí misma. Conténtese con amarle y dejarle hacer, y esto solo le basta.

¡Dios sea bendito!

XI

¡Viva † Jesús!

A UNA NOVICIA. (HERMANA MARIA CRISTINA BOUTHIER)

Por qué camino llegará a ser una buena religiosa. Haga alguna penitencia por sus faltas. Sea una verdadera "cristiana". De la oración depende todo lo demás.

Sí, es verdad, mi muy querida Hermana, que el afecto que le profeso me hace desear a menudo que sea una buena religio-

sa. Esto lo conseguirá fácilmente si trabaja de verdad y con buen ánimo en la verdadera mortificación de sus sentidos, pasiones e inclinaciones, conforme a lo que la Constitución ordena. No nos dejemos arrebatar de la inclinación natural que nos llevará a estar tan pronto alegres y decir palabras de chanza a todo lo que se presente, como tristes y de tan mal humor que todos nos moleste, no teniendo escrúpulo alguno de ver y oír cuanto se nos antoje, ni de decir algunas palabras en tiempo de silencio.

He aquí, mi pobre hija, los obstáculos a su perfección, que son mayores de los que piensa. El amor del Sagrado Corazón de su Señor le pide que se enmiende luego de ellos; y esto no es posible más que por medio de esta verdadera mortificación. Acuérdese que San Bernardo dice que las chocarrerías son blasfemias en boca de un religioso (2).

Si le acontece decir alguna, hará una penitencia, como tener un poco de ajenjo en la boca por espacio de cinco *Pater*. Y cuando haya cometido alguna falta por curiosidad, besará cinco veces el suelo, diciendo: «*Miserere mei Deus*». Este versículo, únicamente por la primera y segunda falta; y si recae por tercera vez, vendrá a decírmelo. Si le ocurre faltar a la regla del silencio, se privará de comer el postre en la primera comida.

Le confieso, mi querida Hermana, que desearía mucho hacer de V. C. una buena religiosa; pero si V. C. misma no trabaja en ello, no lo lograré. Sea, pues, para esto humilde y mansa en tolerar las pequeñas mortificaciones que le sobrevengan, sufriendo con dulce serenidad y sosiego el ser humillada y contrariada, pensando que el Corazón amoroso de su buen Padre celestial es quien se las preparó para perfeccionarla según sus deseos. No dé libertad a su corazón para reflexionar tan inútilmente, sobre lo que le mortifica y humilla; esto no sirve más que para extinguir en V. C. el espíritu interior, y alimentar el amor propio.

He aquí lo que deseo que haga por ahora, siendo muy fiel a nuestras santas observancias, si desea que el Sagrado Corazón

---

(2) Ya se ve que es un modo hiperbólico de hablar del santo Abad de Claraval, que no condena ni puede condenar los chistes decentes que amenizan la conversación, sino los grotescos y las bufonadas. ¿Vamos a censurar a San Francisco de Sales y a otros muchos Santos que muy discretamente los empleaban?

de Nuestro Señor Jesucristo la reconozca y confiese por una de sus hijas. Y yo, su mezquina e indigna Maestra, reconoceré, por el cuidado que ponga en perfeccionarse siguiendo estas máximas, si es verdadera la amistad y el tierno amor que dice me profesa. No lo dude, mi querida Hermana; y trate, según la significación de su nombre (*Cristina*), de hacerse una verdadera imitadora de Jesucristo, al cual le ruego pida la gracia de que podamos vivir y morir en su santo amor. Le suplico que consuma éste todas nuestras tibiezas y corbardías, sobre todo en la oración, en donde le ruego sea fiel, para no robarle el tiempo a Dios; pues del buen empleo de esta distribución depende todo lo demás. Para hacerla como es debido hay que estar muy recogida y muy mortificada, y así todo irá bien. Esto es lo que le recomiendo; y que ame al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, y le adore a menudo, dándose y ofreciéndose toda a El.

XII

¡Viva † Jesús!

A OTRA QUE NO SE HABIA DESCUBIERTO CON SENCILLEZ A PROPOSITO DE UNA AMISTAD PARTICULAR

Medios para romper este dañoso lazo. Si no es sencilla y humilde, perderá la amistad del Sagrado Corazón.

Mucho me alegro, mi querida Hermana, de que Nuestro Señor le haya hecho conocer este obstáculo de su perfección por otro conducto que por el mío, esperando que El mismo le hará conocer la importancia que tiene, mejor de lo que yo hubiera podido hacerlo. Pero sepa que no está todo en haber conocido esta falta, si no logra enmendarse por una generosa separación de esa Hermana.

He aquí los medios que tiene que emplear; en lugar de ese afán que siente por ella, trate de conseguir suma indiferencia para todo lo que a la misma se refiere, no hablándome más que por necesidad, procurando no ponerse cerca de ella en tiempo en que pueda hablar, no acariciándola con palabras afectuosas y testimonios de complacencia; dígale sencillamente que Nuestro Señor le ha hecho conocer que el apego que le tenía era un

obstáculo a su perfección. Y cuando haya cometido alguna falta voluntaria en lo que le digo, venga a acusarse. Fíjese en que es el demonio el que la hace faltar a la sencillez en descubrirse, para impedir de esa manera que rompa ese lazo con el cual la tiene atada a él, y estorbar de paso que se una al Sagrado Corazón de nuestro Señor Jesucristo, el cual se retirará de su alma si se apega a alguien que no sea El.

Cuando falte a la sencillez y humildad, perderá la amistad de este Sagrado Corazón, quien dejará al suyo como tierra estéril que no produce sino espinas y cardos, es decir, faltas e imperfecciones; se entiende cuando nuestras faltas son voluntarias.

He aquí, mi querida Hermana, lo que tengo que contestar a su billete; que trabaje fielmente en la mortificación de sus sentidos, procurando ser humilde y sencilla, si quiere ser tenida por verdadera hija del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo.

XIII

¡Viva † Jesús!

A OTRA, PARA DETERMINARLA A VENCER SUS RESISTENCIAS A LA GRACIA

No hay término medio; o todo, o nada. ¿No tiene vergüenza de disputarle su carazón? Déjele todo y lo hallará todo en El.

Acuérdese, mi querida Hermana, que tiene un Esposo celoso, que quiere poseer en absoluto todo su corazón, o no quiere nada de él. Si no echa fuera a la criatura, El se saldrá; si no la deja a ella y su amor, El la dejará y le quitará el suyo. No hay término medio: quiere todo o nada. Creo que su Corazón vale el vuestro, por lo menos. ¿No tiene vergüenza de disputarle un bien que le pertenece? En verdad, no acierto a comprender cómo no se ha cansado ya de sus resistencias; preciso es que le tenga grande amor. En fin, pobre hija mía, nada se hará sin V. C. piénselo y no le niegue ya lo que le da a conocer que quiere de V. C.; si no, la privará de muchas gracias, y la dejará en una sequedad y desamparo insoportables en sus oraciones y en los ejercicios de piedad.

Le digo esto como a mi querida amiga en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, a fin de que tenga cuidado y que sea más fiel, en lo porvenir, al movimiento de la gracia. Deje todo, y lo hallará todo en el Sagrado Corazón. A él le suplico llene el suyo de su puro amor, de modo que consuma todo lo que hay de sí misma y de la criatura, para darle el amor a la humildad y a la abyección, sin lo cual no se hace nada que valga en el servicio de Dios. He aquí, mi querida Hermana, lo que le recomiendo: todo en la paz del Señor.

XIV

¡Viva † Jesús!

FIDELIDAD ANIMOSA EN EJECUTAR LAS RESOLUCIONES TOMADAS

Viva en amorosa sumisión a Dios. Su camino, la fiel observancia de todas las reglas. Más que buenas palabras, obras buenas.

Añado a sus resoluciones el buen empleo del tiempo destinado a la oración y demás ejercicios espirituales. Esta fidelidad la sostendrá en todos sus deberes. Ponga en los ojos de su alma la venda de la santa y amorosa sumisión a Dios, y por amor de El a la obediencia, que tiene derecho de mandaros. Así, sin rodeos ni cavilaciones, siga su camino, que es el de la exactitud a la observancia de sus deberes. No se distraiga de éstos, a menos que la caridad o la necesidad se lo exija, pues todo lo demás es accesorio y debe ceder ante las disposiciones señaladas en las Reglas, Constituciones y Directorio.

He aquí, mi buena Hermana, lo que le recomiendo particularmente, y también que no se apegue más que a solo Dios. No tenga ningún respeto humano. Aniquile esas reflexiones del amor propio que le impiden ser un alma interior. Porque, fíjese bien, hija mía: la virtud no consiste en formar buenas resoluciones ni en decir buenas palabras, sino en hacer buenas obras y poner en práctica lo propuesto. Sin esto, no le servirían sino de mayor condenación sus propósitos.

Sea, pues, fiel en su interior y dele a Dios lo que le ha prometido. Trate, cuanto pueda, de ser humilde y mansa con el prójimo; ame ser reprendida y corregida por cualquiera que

sea, sin excusarse, reciba todos los acontecimientos de la Providencia, con sumisión, diciendo siempre: «*Hágase, Señor, como quieras*».

XV

¡Viva † Jesús!

LE SUGIERE GENEROSAS RESOLUCIONES A UNA POSTULANTE QUE IBA A TOMAR EL SANTO HABITO

Agradecimiento al Señor. Semejanza con Jesús Crucificado. Vivir como una niña en el Corazón de mi buen Padre. Unión en las virtudes con Jesús Sacramentado. Qué ha de pedirle ese día de vuestra fiesta.

Diga a menudo con el Profeta: «¿Qué daré yo al Señor por los grandes bienes que me ha hecho?». Le haré un continuo sacrificio de todo mi ser, en homenaje de amor y alabanza a su soberanía. A este efecto, le escojo por el único objeto de mi amor, por todo el tesoro de mi corazón y delicias de mi alma, no queriendo otras en la vida que procurar asemejarme a mi Esposo crucificado por medio de una completa muerte de mi voluntad e inclinaciones, las cuales sacrificaré, no sólo a la obediencia, sino también a la condescendencia con el prójimo. Jamás hablaré de él más que con estima; y cuando le vea cometer alguna falta, le ofreceré a Dios una virtud del Sagrado Corazón de Jesús para satisfacer por él.

Trataré de mantenerme siempre anonadada en el abismo de mi nada, por medio de un verdadero desprecio de mí misma, que me hará mirar a las esposas de Jesucristo como a mis superioras, que tienen derecho a mandarme y humillarme. Y cuando me sobrevenga alguna humillación o mortificación, la recibiré como prenda de amor del Sagrado Corazón, y la sufriré en silencio, poniendo particular cuidado en no hablar de mis sinsabores, no excusándome jamás, puesto que mi Salvador no se excusó, aunque era inocente, y fue obediente hasta la muerte de cruz. Y para honrar su obediencia, quiero obedecer hasta el último suspiro de mi vida, sin reflexionar, ni murmurar o desaprobar lo que me manden. Quiero vivir como una niña, sin preocupaciones, en el Sagrado Corazón de mi buen Padre, dejándole hacer y disponer de mí según su beneplácito, sin otro

cuidado, en lo que a mí se refiere, que abandonarme toda al de su amorosa Providencia, dejándome dirigir en todo con la sencillez de un niño, no teniendo otra mira, ni deseo en todo lo que haga, que contentar al Sagrado Corazón de Jesús.

Cuando guarde el silencio, lo uniré al de Jesús en el Santísimo Sacramento. Cuando obedezca, será para honrar la obediencia que rinde al sacerdote. Cuando me humille y mortifique mis sentidos, será para honrar la mortificación de los suyos y la humildad que allí practica. Haré todo lo posible para ser mansa y sumisa, mortificando mis resentimientos y repugnancias.

He aquí, mi querida Hermana, unas palabritas para sus propósitos. Me he extendido más de lo que pensaba; mucho le aprovecharán, si los practica con fidelidad. Pida mucho esta gracia al Sagrado Corazón de Jesús, el día de su toma de hábito. Tomando su corazón, como si estuviera en sus manos, ofrézcaselo y conságreselo a fin de que sea El para siempre su único propietario que reine en él en absoluto, y que la enseñe a amarle perfectamente, a no desagradarle nunca voluntariamente y a llevar la Cruz con amor. Cuando cometa algunas faltas sobre lo que le señalo aquí, se impondrá alguna penitencia.

XVI

¡Viva † Jesús!

A UNA NOVICIA. ULTIMOS CONSEJOS DE LA SANTA MAESTRA QUE IBA A DEJAR EL NOVICIADO

Sea inviolablemente fiel al Sagrado Corazón de Nuestro Señor y a nuestras reglas. Confórmese con su Esposo Crucificado y Sacramentado. Manténgase oculta en su Sagrado Corazón. Sea dulce y pacífica. Haga de su corazón un trono a su amor. Sobre todo le recomiendo que esté alegre, gozosa y contenta. "¿Cómo lo conseguirá?".

Deseo mucho, mi querida Hermana, satisfacer su deseo, diciéndole estas palabritas, antes de dejarla, para recomendarle que sea inviolablemente fiel al Sagrado Corazón de Nuestro Señor, haciendo todo el bien que El le haga conocer desea de V. C., amándole con amor de preferencia a todo lo demás, co-

mo a su Padre que la ha engendrado en la cruz con tantos dolores. Bien justo es que sea toda suya sin reserva, descansando sobre su amorosa providencia, dejándole el cuidado de sí misma, y no cometiendo ninguna falta deliberada, por pequeña que sea.

Además es preciso que sea fiel a sus reglas, tratando, cuanto le sea posible, de formarse y ajustarse a todas las observancias, prácticas y enseñanzas que se le dan en el Noviciado, manteniéndose tan cuidadosa de observarlas que nada en el mundo sea capaz de apartarla de eso. Sea muy exacta en todas las prácticas de observancia, sin descuidar nunca cosa alguna, por pequeña que le parezca, porque no pocas veces van unidas grandes gracias a lo que nos parece más pequeño.

En primer lugar, se esforzará en hacerse buena religiosa, tratando de conformarse en todo con su Esposo crucificado, con el cual no esta aún ligada más que por el deseo. Y por eso es preciso que se adorne con las virtudes que la puedan hacer más agradable a sus ojos; sobre todo El fue obediente hasta la muerte de Cruz, y siempre obedece a los sacerdotes en nuestros altares. Por eso debe ponerse en manos de la obediencia para obedecer hasta la muerte de todas sus voluntades e inclinaciones, dejándose conducir y que dispongan de V. C. sin resistencia ni réplica, por más repugnancia que experimente, diciendo siempre: «*No he venido a la religión a hacer mi voluntad*». Tratará de quebrantar ésta en toda ocasión, uniendo sus obediencias a las de Jesús en el Santísimo Sacramento, en donde está oculto y anonadado.

Del mismo modo se mantendrá oculta en su Sagrado Corazón, como del todo anonadada a los ojos de las criaturas, sin preocuparse de otra cosa que de humillarse y de hacer bien todo lo que la obediencia y las reglas pidan de V. C. Este siempre pronta a hacerlo todo y sufrirlo todo sin quejarse jamás, ni creer que le hacen agravio, sin excusarse ni buscar ser alabada o que aprueben lo que haga. Y si ocurriera que lo hicieran, dígase a sí misma: «*Esto no lo merezco*». Y cuando le desprecien, regocíjese, diciendo: «*Esto es lo que me corresponde*».

Sea dulce si quiere complacer al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, que no se agrada más que de los mansos y humildes de corazón. No se turbe ni inquiete nunca por na-

da, ni siquiera por sus defectos, pero humíllese sinceramente cuando caiga en alguna falta. Después, mantenga su alma en paz, y vuelva a la práctica de la virtud. He aquí lo que debe hacer, si quiere que Dios habite en V. C., pues ha de mirar siempre vuestra alma como su santuario.

Por eso debe poner especial cuidado en no mancharla con falta alguna. Además es menester que su corazón haga un trono a su amor. Retírese ahí con El, y platique con El en silencio, adorándole y amándole con todas sus fuerzas y potencias, cercenando todo pensamiento inútil, toda vana curiosidad, a fin de escuchar en silencio lo que le diga al corazón, del cual debe arrancar todas las sugestiones del amor propio. De otro modo se retirará de V. C., y jamás aprendería a conversar con El.

Pero sobre todo le recomiendo que esté alegre, gozosa y contenta, pues esta es la verdadera señal del espíritu de Dios, que quiere que se le sirva con paz y contento, sin mostrarse jamás incomodada ni contrariada. Al contrario, lo ha de hacer todo con un espíritu libre en la presencia de Dios y con el único deseo de agradarle en todo cuanto haga. El medio más seguro para conseguir todo, es grabar en su corazón el amor a su abyección, y eso lo ha de buscar con toda diligencia, teniéndose por pequeña y baja a sus ojos.

No oculte nada ni bueno ni malo a aquellos que la dirigen, y Dios la bendecirá, pues es enemigo de todo engaño y doblez. Y basta ya. Ruego al Señor que la haga muy fiel, pues como la amo, sentiría mucho que volviera atrás haciéndose peor, lo que espero no ocurrirá, con la ayuda de Dios.

XVII

¡Viva † Jesús!

EXHORTACION A LA CONFIANZA Y FIDELIDAD

Viva toda abandonada en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Cómo ganará su paternal Corazón? Acuérdese de que es esposa de un Dios Crucificado. Confíe siempre. Sea agradecida. Con tal que esté contento...

Viva, hija mía, toda abandonada en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, dejándose guiar y gobernar por su

amorosa Providencia, sin pedir ni rehusar nada, pero estando siempre dispuesta a sufrir y hacerlo todo a, la menor señal de la obediencia que debe tener a los que la gobiernan en su nombre. Mire siempre a Dios en todos los acontecimientos, y jamás a las criaturas; con eso recibirá de su mano adorable, con igualdad de ánimo, lo dulce y lo amargo, las mortificaciones y los consuelos, bendiciéndole en todo.

En fin, mi querida amiga, guarde inviolable fidelidad a nuestras santas observancias, sin descuidarse en cosa alguna por pequeña que le parezca, pues de este modo ganará el Corazón de vuestro buen Padre que la ama. No tema, pues, nada, mientras le sea humildemente fiel, no cometiendo jamás ninguna falta deliberada, amándole con todo su corazón, no aficionándose a nada más que a agradarle, haciéndolo todo por su amor. Acuérdese a menudo que, siendo esposa de un Dios crucificado, debe estar toda sacrificada, manteniendo siempre su alma en sosiego, a fin de que El establezca en ella su reinado de paz. Diríjase con confianza a su divino Corazón en todas sus necesidades, y espero que El proveerá a todo lo que haya menester. Pero sobre todo, tenga profundo agradecimiento a los beneficios que le ha hecho, que por cierto son bien grandes.

Cifre todas sus delicias en este divino Corazón, rogando a la Santísima Trinidad que le haga conocer y amar de todos los corazones capaces de ello. Amele V. C. misma con todas sus fuerzas, ocupándose siempre en El, dejándole hacer de V. C. en V. C. y por V. C. lo que quiera sin preocuparse por nada. Con tal que esté contento, esto debe bastarle. Haga sobre esta base el plan de su retiro, en el cual le deseo muchas bendiciones y gracias. ¡Qué El la haga para siempre toda suya!

XVIII

¡Viva † Jesús!

A UNA NOVICIA PARA INCLINARLA AL DESPRENDIMIENTO DE SI MISMA Y DE LAS CRIATURAS, Y A LA CONFORMIDAD CON JESUCRISTO

¿Con qué condición quiere ser el Sagrado Corazón todo su apoyo? Recurra al amor de su propia abyección. En qué consiste su perfección.

No crea, mi muy querida Hermana, que porque nada le diga, la ame menos. No; le aseguro que no, pues no olvidaré jamás los sentimientos de ternura y de afecto que el Sagrado Corazón me ha dado para con V. C., mientras me dé a entender, como ahora, el deseo que tiene de continuar constantemente en su servicio y amor para corresponder en algo al tierno amor con que la ama. Quiere, por lo mismo, que viva en el desasimiento de todo lo que no es Dios, porque quiere ser El solo su amigo, su apoyo y su contento, con tal que no busque éste en las criaturas. Pero no se muestre con ellas, ni cohibida, ni enfadada, sino siempre humildemente alegre, dulce y condescendiente con nuestros queridos prójimos, sufriendo, en silencio y en el amor del amable Corazón de Jesús, todas las humillaciones, penas y contradicciones que pueda recibir en adelante, sin quejarse de ellas.

Pero cuando la infinita bondad de su buen Padre le regale con esa clase de caricias tan desagradables a la naturaleza,recíbalas como prendas de su amor. Y sin turbarse, recurra al amor de su propia abyección, pues encuentra El sus delicias en hacer su morada en nuestra nada. Mantengámonos, pues, ahí siempre, mi querida amiga, gozosas y contentas, considerándonos felices de que todos trabajen a este fin.

Sed fiel a todas sus santas observancias, sin descuidar ninguna; pero procure caminar siempre con la libertad de los hijos de Dios, conformándose y uniéndose a su santo amor y santa voluntad, en la cual, debe morir la suya para no tener más que un querer o no querer con El. Atribuyale la gloria de todo, sin atribuirse nada a V. C., sino la impotencia, la pobreza, el desprecio y el dolor. No se afane en procurarse cada día nuevos

medios para su perfección; pues es bien se acuerde, para decirlo todo en una palabra, que la suya consiste en conformar su vida y sus acciones con las santas máximas del Sagrado Corazón de Jesús, sobre todo con su mansedumbre, su humildad y caridad.

He aquí, mi querida hija, lo que se me ha ocurrido decirle.

XIX

¡Viva † Jesús!

EXHORTACION AL COMPLETO DESASIMIENTO

"No teniendo nada, lo tendrá todo en el Corazón de Jesucristo". Hágase sorda y ciega. A quiénes se da el puro amor.

No tengo que decirle más que estas palabritas, mi muy querida Hermana: Solamente en el perfecto desasimiento de sí misma y de todo lo que no es Dios, encontrará la verdadera paz y la completa felicidad; pues no teniendo nada, lo tendrá todo en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor, que por ese medio la quiere salvar. No dé, pues, importancia más que a lo que ayude a desasirse y despojarse de las criaturas. Hágase sorda a todos los razonamientos de la naturaleza y del amor propio, y ciega a todas las miras del respeto humano, pues todo eso pone gran obtáculo al puro amor, que rechaza a los tibios y no se da sino a los humildes y fervorosos.

He aquí lo que tenía que decirla; y que sea fiel a sus buenos propósitos, a fin de que este Sagrado Corazón no la rechace jamás; El jamás lo hará si no le abandona V. C. primero, por desprecio. Pero espero que su amor la librará de esta desgracia; porque El la ama y quiere que le corresponda, no descuidándose en nada de lo que le dé a conocer quiere de V. C..

Amele, pues, desprendiéndose y olvidándose de sí misma, y ruéguele por esta indigna criatura que la ama tiernamente en Nuestro Señor.

XX

¡Viva † Jesús!

A UNA NOVICIA A QUIEN LE HABIA CAIDO EN SUERTE UN BILLETE, INDICANDOLE QUE DEBIA SER COMO UN CIRIO ENCENDIDO DELANTE DEL SANTISIMO SACRAMENTO

¿Cuál ha de ser la cera? ¿Cuál la mecha? Es necesario hacerse violencia. "No se aflija por esas repugnancias y sequedades".

Le deseo, mi muy querida Hermana, que practique fielmente todo lo que está señalado en el billete que la suerte le ha deparado; y me parece que encontrará al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, si, como lo espero, lo hace con toda su voluntad.

Hay que imitar, pues, al cirio encendido; que su corazón sea la blanca cera, cuyo uso propio es para arder. Su voluntad como la mecha, la cual no se compone de un solo hilo, y así también es preciso que su voluntad esté unida a sus afectos, para hacer esa mecha entera a propósito para quedarse con el fuego del divino amor, que debe consumir en usted toda afición a las cosas de la tierra. Y creo que si se dedica un poco a considerar lo que esto significa para V. C., lo entenderá mejor que con cuantas explicaciones pudiera darle. Solamente añado que hay que vaciar vuestro corazón de todo para vivir enteramente desasida de sí misma, y no llenarse más que del puro amor, renunciando a toda vana satisfacción y propio interés.

Mire, mi querida Hermana: es preciso que sea de las que se hacen violencia y arrebatan el cielo a la fuerza; pero el Señor le ayudará. No se desanime nunca, ni se turbe por nada. Mantenga siempre su alma en paz, en medio de los vaivenes y mudanzas de la vida, y se convertirá en trono de Dios. Mucho creo que le agradará si prescinde de pensamientos y reflexiones sobre sí misma, que es precisamente uno de los mayores obstáculos que opone a la gracia de Dios. Pero sea constantemente fiel en hacer o evitar todo lo que el Señor le dé a conocer que lo es agradable o le desagrada, a fin de que no pierda jamás la amistad de su Sagrado Corazón. No se aflija por esas repugnancias y sequedades que siente en su servicio. Así es más puro su amor,

y sus servicios más agradables; pues El quiere le sirva de este modo, sin más apoyo que la fe desnuda y sencilla, pero fervorosamente y con constancia. Es lo que le desea su indigna Hermana y sierva.

XXI

¡Viva † Jesús!

A OTRA QUE SE ENCONTRABA BAJO LA IMPRESION DEL TEMOR, Y QUE LA HABIA CONSULTADO ACERCA DE LA MANERA DE HACER ORACION

Ese temor es efecto del amor que le profesa. Mas procure que el amor acabe por echar fuera todo temor. El Sagrado Corazón, enemigo de toda inconstancia. Sólo en el perfecto desasimiento, la paz. Cómo hará oración.

Por lo que se refiere a sus penas, le diré sencillamente mi opinión, como a mi muy querida Hermana. En primer lugar, creo que ese temor que Nuestro Señor le da, es efecto del inmenso amor que le profesa; pues viendo que su amor no es en V. C. bastante poderoso para obligarle a hacer el bien y evitar el mal, mezcla el temor con el amor, a fin de que ambos reunidos la impelan a practicar lo que desea de V. C.. Tenga siempre un temor amorosamente filial que la haga obrar el bien y evitar el mal, y rechace todo otro temor, que sólo proviene del espíritu de tinieblas; y haga que el amor eche afuera poco a poco este temor, diciendo en cada una de sus acciones: «*Dios mío, esto lo hago por tu amor*», renunciando a toda otra intención. Renueve sus votos cuantas veces se sienta asaltada de estas penas.

Lo que debilita la gracia del amor en su corazón es que está demasiado apegado a las criaturas y a su propia satisfacción. Hay que morir a todo esto, si quiere que el puro amor reine en su corazón. Hay que romper, además, con este apego a su propia voluntad, pues le desagrada mucho al Sagrado Corazón de Jesús, el cual permite que sienta tedio en la oración y en las prácticas de virtud, porque gusta demasiado de la criatura, y también para ofrecerle más propicia ocasión de merecer. Pero quiere de V. C. constante fidelidad. Y por mucho que le cueste, tiene que perseverar, pues el Sagrado Corazón es enemigo de todo linaje de inconstancia; y ese es su mayor mal, al cual úni-

camente V. C., ayudada por la gracia de Dios, puede poner remedio, haciéndose violencia continuamente.

Tiene que resolverse a ello, porque jamás encontrará la paz de su alma hasta que no llegue al perfecto desasimiento que quiere de V. C. Trabaje, pues, con fervor, porque sin él no es posible que llegue a la perfección. El olvido de sí mismo, y el amor de su propia abyección son los medios más breves y seguros para llegar a eso.

He aquí ahora un buen método de oración. Permanezca en perfecta conformidad con la voluntad de Dios, sea que la consuele o que la aflija, haciendo a menudo actos de sumisión y abandono, apartando, con suavidad, las distracciones. No se turbe con esos temores del infierno; espero que el amor del Sagrado Corazón le servirá de garantía. Haga, para esto, muchos actos de esperanza y de confianza en su bondad, la cual no la abandonará nunca.

Por lo que se refiere a haberle reprendido yo de sus defectos. el tierno afecto que le profeso no me deja disimular ninguno, porque es muy grande el deseo que tengo de su perfección y adelantamiento en el santo amor; y para lograrlo estoy dispuesta a hacerlo y sufrirlo todo. Trabaje, pues, de veras, pues Dios quiere esto de V. C. y si no lo hace así, no dejará de exigirle cuenta de las gracias que habría recibido si hubiera sido fiel. Ya sabe lo bastante. Obre con fidelidad, alegría y buena voluntad, según las luces que El le da.

XXII

¡Viva † Jesús!

A UNA NOVICIA IMPERFECTA QUE SE ENCONTRABA APENADA, PARTICULARMENTE RESPECTO A SU VOCACION

No se apure por examinar su vocación. ¿Cómo será fiel a Dios, a la Regla y a sí misma? Cuidado, no se retire de V. C. la gracia. ¿Cómo debe hablar de Dios, del prójimo y de sí misma? "De Dios nadie se burla". Ame al Divino Corazón, imítele, séale fiel, y jamás le ofenda con ninguna falta voluntaria.

Con todo el afecto de mi corazón que la ama en el de Nuestro Señor, quisiera yo satisfacer su deseo, y juntamente decir-

le lo que haya de servirle para adelantar en la perfección, que el buen Maestro desea de V. C., y procurarle fuerza y valor para cumplirlo. Después de haberme dirigido al Sagrado Corazón de Jesús en la oración y en la comunión, le diré sencillamente mi parecer, el cual espero le servirá de provecho, según el crédito y la atención que le preste.

Primeramente, no se apure por examinar si su vocación viene de Dios: en eso no hay la menor duda. Ninguna le debe caber tampoco de que es una de esas plantas que el padre celestial ha puesto en su jardín para cultivarla con su propia mano, conservarla por su Providencia y hacerla florecer en olor de suavidad por el fuego de su santo amor, con tal que su voluntad resista con valor a los impedimentos que el enemigo trate de poner, por la oposición de nuestra corrompida naturaleza. En ésta suscita continuas repugnancias, tedios y aversión al bien, tratando de turbarnos y desalentarnos, a fin de impedirnos crecer en la virtud y adelantar en la obra de nuestra perfección. Pero tiene que hacerse generosa violencia, siendo muy fiel a Dios, a las Reglas y a sí misma.

Fiel a Dios, no disputando con los movimientos de la gracia, cuando le apremie a hacer el bien o evitar el mal. Piense que esta misma gracia, que ahora le solicita tan vivamente y a la cual resiste tantas veces, se cansará, se amortiguará poco a poco y se retirará de V. C., dejando vuestra alma como tierra seca y estéril, que no producirá más que frutos de perdición. Dios la libre de esta desgracia; y espero de su bondad no le ocurrirá, si cuando oye su voz, no endurezca su corazón, pues viene, pasa y no vuelve más. Después la buscamos, la pedimos y no logramos obtenerla, porque entonces se burla de nosotros, como antes nos burlamos nosotros de ella. Esto es lo que ocurre a las almas desidiosas, a las que el Señor empieza a arrojar de su Sagrado Corazón: las abandona a sí mismas.

En segundo lugar, hay que ser *fiel a la Regla,* no siendo negligentes en nada de todo lo que pide de nosotras, por mucha repugnancia que la naturaleza experimente.

En tercer lugar debéis ser *fiel a sí misma,* juzgándose condenándose y castigándose. He aquí un artículo que si lo practica, tranquilizará su alma del temor que tiene a los juicios de Dios. Sepa que la ama y quiere salvarla, pero por un camino